

NAVARRO VILLOSLADA, FRANCISCO (1818-1895)

*EL CABALLERO SIN NOMBRE*

ÍNDICE:

CAPÍTULO I

De cómo no siempre acierta el que piensa mal

CAPÍTULO II

Donde menos se piensa, salta la liebre

CAPÍTULO III

La caverna

CAPÍTULO IV

El prisionero comienza a contar su historia

CAPÍTULO V

Dudas

CAPÍTULO VI

De cómo a los ojos de Ataulfo tornóse rojiza el agua verde del foso

CAPÍTULO VII

La tabla de salvación

CAPÍTULO VIII

De lo que hizo el Rey don Alfonso en el castillo de Altamira

CAPÍTULO I

*De cómo no siempre acierta el que piensa mal*

Terminaba el año de 1072, y con gran obscuridad cerraba la noche cubriendo de tenebrosas nieblas toda la comarca, por donde se extienden los siempre verdes campos y fragosas montañas de la antigua Compostela.

Impelidas del austro, que con ardientes y húmedas alas batía estruendosamente los encumbrados pinos, y sacudía las desnudas ramas de los robles, volaban las apiñadas nubes, dejando apenas un breve espacio a los fugaces resplandores de la luna.

En aquellos breves intervalos de luz aparecían sobre la cresta de uno de los más empinados cerros del occidente, y destacando en el horizonte, las negras torres del soberbio castillo de Moscoso, que bañadas por detrás por el astro moribundo, engañaban la vista de un caballero que las creía más cercanas. Quizá no era solamente una ilusión de óptica; quizá en su engaño tenía más parte la ilusión de sus deseos.

Como quiera que fuese, tuvo que reprimir mal su grado los bríos de su corcel al penetrar por una estrecha senda, erizada de enmarañados matorrales que rozaban la armadura y el caparazón de acero, produciendo un chirrido nada grato, aun para el tímpano poco delicado de los hombres del siglo de oro de nuestra andante caballería.

Siglo de oro llamamos al que otros apellidan de hierro, y en esta cuestión metalúrgica, tenemos una razón de muchos quilates a favor nuestro:

Entonces vivía el Cid.

Rompiendo, pues, la maleza, el caballo con el pecho y el caballero con la espada, dieron éstos feliz cima y remate a su empresa, yendo a parar a una pradera cercada de negros bosques, entre los cuales silbaban los vientos con gran estrépito, resonando roncamente por las enriscadas montañas.

Volvió el rostro el caminante a todas partes para observar hacia dónde seguía la senda, y vio entre los árboles una confusa y rojiza claridad, al través de la cual se distinguían varios bultos, que se movían en diversas direcciones.

El caballo relinchó de gozo, porque había presentido la compañía de otros brutos de su raza que pacían en la abundante hierba; pero el hombre se quedó sorprendido, y se detuvo receloso al conocer la presencia de sus semejantes, y eso que el hombre ha nacido para vivir con el hombre, y el bruto corre solo y ufano por las selvas y los prados.

Dudó aquél por algunos instantes si se apartaría o no de la ruta que llevaba, y se encaminaría hacia el resplandor, no dudando que los que cerca de la lumbre vagaban serían bandidos de los que infestaban a Galicia, dominada entonces por un rey débil y detestado, que había sucumbido o debía sucumbir, a otro monarca más poderoso. Vencido empero el caballero por la curiosidad, o dejándose arrebatar más bien de su genio emprendedor aventurero, se fue derecho al sitio en donde la claridad brillaba.

Conforme se iba acercando distinguía algunas hogueras a la entrada de la selva, y grupos de hombres armados teñidos vivamente por su rojo resplandor.

No había duda: el caballero los bautizó y aun los confirmó como bandidos; pero debía tener el alma tan bien puesta, debía ser tan temerario, que le importaba muy poco habérselas con toda una gavilla de salteadores; o ¿quién sabe si él era uno de tantos, y más desalmado todavía que ellos, y se hacía cuenta de que el lobo nunca muerde al lobo, y de que no es el cuervo más negro que las alas? Su traza, al menos, no le abonaba mucho para que de él pudiésemos formar mejor opinión. Cubierto con una túnica de malla que le llegaba hasta las rodillas, ni en su yelmo ondeaba un penacho, una sola pluma, ni en su enorme escudo elíptico se ostentaban armas, empresa, ni divisa alguna, que depusiesen acerca de las hazañas y timbres del guerrero. Esto en cuanto a sus armas defensivas. Las

ofensivas se reducían a la espada tosca, pero de fino temple, que ahora empuñaba, y que solía llevar pendiente de un tahalí de cuero que le colgaba del hombro derecho al costado opuesto.

Hasta el poco aliño y apagados reflejos de su arnés empavonado le daban un aire de pobreza o de abandono, que, prescindiendo de la soledad de su viaje y de lo sospechoso de la hora, son más que suficientes para que nadie pueda calificar de temerarios nuestros juicios.

Sin embargo, la pobreza y sencillez, la rusticidad y aspereza no eran entonces propias y privativas de su persona; y si hacemos caso de lo que dicen los escritores árabes acerca de los cristianos de Galicia, León, Asturias y Navarra, de aquella época, vivían éstos en grutas como fieras, en barracas como salvajes, los que no moraban en castillos cercados de fosos, erizados de almenas y resguardados con puentes levadizos. Sus vestidos eran el hierro o los harapos, y sus manos más bien sabían manejar la lanza que la esteva.

Tres siglos de guerra sin tregua con los musulmanes invasores debían dar en nuestras costumbres estos resultados, que los creemos, sin embargo, exagerados, cuando observamos que entonces comenzaba a brillar la arquitectura gótica, y se alzaban catedrales como las de León, y que, según la relación de aquellos mismos escritores árabes, cuando los moros hacían alguna correría hasta las entrañas de aquellos reinos, tornaban cargados de ricas joyas de plata y oro que no se labraban por sí solas.

-Vamos allá -se dijo a sí mismo el caminante, metiendo espuelas al caballo y muy ajeno de nuestras investigaciones históricas-; bandidos parecen, pero a mí ¿qué pueden hacerme? Indícame el camino más corto del castillo.

En aquel momento sintió de improviso a sus espaldas estrépito de caballería, viéndose rodeado de gente armada.

-¡Alto ahí! -gritó uno de los jinetes.

-Gracias, señores -respondió con calma el caminante-; gracias, porque me habéis ahorrado la mitad del camino.

-¿Quién sois? -le dijo la misma voz.

-Quien yo sea nada debe importaros; lo que más os interesa es saber si traigo dinero, y os juro, por Santiago, que no conozco al rey por su moneda.

-¡Vuestro nombre!

-¡Mi nombre! ¡Mi nombre! -respondió el desconocido con acento amargo y melancólico-. ¡Quisiera poder decíroslo!

-Este es un bandolero, señor, -dijo otro de los circunstantes al primer interlocutor-.

-No lo creo.

-¿Pues no veis su escudo limpio, no lo veis sin escudero, sin paje; no veis su porte?...

-Parece noble.

-¿Y sus respuestas?...

-Misteriosas.

-¡Ea! -repuso, impaciente, el detenido-, decidme si aquel bulto negro que descuella sobre el último cerro es el castillo de Ataulfo y si voy bien por esta senda.

-¿Os dirigís a Moscoso? -le preguntó el primero, a quien los demás parecían guardar sumo respeto.

Lo habéis oído.

-Entonces, ¿eres de los suyos?

-No lo sé.

-¡Cómo! ¿Serás de los de Ataulfo?

-¿Qué sé yo quién soy?

-Caballero, villano, bandolero o quien quiera que seáis, ved que ni un solo paso daréis hacia adelante sin decirnos vuestro nombre.

-Bandido, villano, o demonio, todo esto puedo ser; pero no sufridor de insultos y detenciones; ni menos puedo ser robado no trayendo bolsillo. Así, pues, ordenad otra cosa, porque en esta me es imposible complaceros.

Todos los de la escolta desnudaron súbitamente y con estrépito las espadas para castigar la insolencia del desconocido, y vengar los insultos del que su caudillo parecía.

Un ademán de éste bastó para que con igual presteza volviesen a envainar los aceros.

Una estatua de bronce, no se hubiera alterado más que el desconocido al ver sobre su frente un pabellón de espadas dispuestas a hendirle de arriba abajo. Si el caudillo de aquella tropa hubiese visto que sus párpados tampoco hicieron el más leve movimiento, y sentido que su corazón no había alterado el compás de sus latidos, pudiera haber apreciado debidamente la serenidad, la impavidez del caminante.

Las almas generosas, los corazones esforzados, no han menester, sin embargo, descubrir la verdad entera para conocer toda la verdad.

-Basta, caballero, basta -le dijo el jefe-; debía haber comenzado por revelaros mi nombre para exigiros el vuestro: comprendo esa resistencia y admiro tanto valor. Yo soy Alfonso el VI, Rey de Castilla y de León, y que para serlo de Galicia sólo le falta acabar de conquistar algunos castillejos como el de Moscoso.

-¡Señor! -exclamó el caballero apeándose del corcel, y poniéndose de hinojos delante del monarca, cuyo pie besaba respetuosamente.

-¡Alzad, y no rehuséis al rey, y al caballero, lo que habéis negado al bandolero y al desconocido.

-¡Señor! -volvió a exclamar confuso-, perdona mi erro sacrílego, y arráncame la lengua en justo castigo.

-Vamos, alzad, que cuando los reyes andan en esta guisa, y por estas breñas a caza de señores feudales, no es tan gran delito equivocarlos con bandidos. Mayor es, sin duda, el que estáis cometiendo tardando tanto tiempo en descubrirlos y en decir vuestro nombre.

-Mi rostro aquí está -repuso el caballero poniéndose en pie y levantando la visera.

La luna, que a la sazón aparecía sin nubes sobre la cresta de las negras y desiguales montañas de Occidente, iluminaba de lleno el rostro encendido de un joven moreno, cuyos ojos expresivos tenían toda la vivacidad de la audacia y del talento, y el cerco azulado de la melancolía.

-Mi rostro aquí está -tornó a decir-; pero mi nombre es imposible revelarlo.

-¡Cómo! ¡A vuestro rey, a vuestro señor! -exclamó Alfonso casi ofendido.

-Ni a ti, señor, que eres mi rey, ni a Dios, que es Rey de los reyes, puedo revelar lo que ignoro.

-¿Vuestro nombre ignoráis?

-Mi nombre, sí, señor.

-¿Quién es tu padre?

-No lo sé.

-¿Tu madre al menos?

-Tampoco.

-¿Con que sois mal nacido?

-Sólo tú pudieras sospecharlo impunemente. Noble soy, gran rey, noble y caballero.

-¿A dónde vais?

-¿A dónde puede ir un mozo de veinte años que ignora su nombre y desconoce a su padre? Voy, señor, en busca de ambos.

-Pero ¿vais a la ventura? ¿No tenéis algún indicio, alguna señal, alguna noticia que os sirva de guía?

-Tengo, señor, por guía el instinto del corazón; tengo por señal una cruz en el pecho, y tengo por toda noticia que mi padre gime en los calabozos de uno de los castillos de Galicia.

-¿Y habéis recorrido muchos?

-Uno sólo me falta que ver.

-También me falta a mí uno sólo que conquistar.

-¿El de Ataulfo?

-Sí, el de Moscoso. Pero ¿tenéis esperanza de hallar a vuestro padre, después de tantos desengaños como habéis sufrido?

-Señor, sin esa esperanza no podría vivir.

-¿Y habéis tenido constancia y valor para registrar todos los castillos de este reino?

-Y si no encuentro en Moscoso un anciano que al ver mi cruz se arroje en mis brazos, llamándome su hijo, comenzaré otra vez a visitar castillos y calabozos desde los confines de León hasta donde dicen que se acaba la tierra.

-Venid, venid conmigo, mancebo tan valiente como bueno; venid conmigo, y si no encontráis a vuestro padre, el rey Alfonso lo será, y os dará un nombre ilustre, que ilustre debe ser en siendo vuestro.

Besó las manos al monarca de León el caballero por sus afectuosas ofertas, y, cabalgando otra vez, le acompañó hasta las hogueras.

-Al amanecer -dijo Alfonso a dos hidalgos que se habían adelantado- entraremos al castillo por las puertas o por las almenas. Decídselo así a don Ataulfo por un faraute.

-¿Y no sería mejor -advirtió uno de ellos- amenazarle con incendiar el alcázar?

-Guardaos bien de disparar una sola flecha, de encender una sola rama de la hojarasca que crezca en los alrededores; guardaos de tirar una sola piedra; porque pudiérais lastimar a una persona cuya vida, más que la mía propia, me importa conservar. Así, pues, si entramos a viva fuerza en el castillo, ha de ser de modo que cada cual sepa a quien hiere, para que nadie toque a la persona que yo designaré.

Así dijo el rey, y cuando los de su comitiva se alejaron advirtió al desconocido, apeándose delante de una tienda de campaña:

-Entregad vuestro caballo a mis escuderos; dentro os aguardo.

Hízolo así el aventurero, y entró en la tienda, sin hallar en ella cosa de estima.

En un tronco de encina, y delante de unos leños encendidos, vio sentado al ambicioso monarca de León, que acababa de arrebatarse a todos sus hermanos la herencia que su padre les había dejado, enmendando con su audacia y valentía el error político cometido por el corazón de Fernando I en dividir después de su muerte en cinco estados, para sus cinco hijos, una monarquía que apenas bastaba entera para satisfacer la ambición de cualquiera de ellos.

El aventurero tomó asiento en una piedra cercana por indicación de Alfonso.

Las decoraciones de campaña de un monarca guerrero de aquellos tiempos podían servir también, por su rusticidad y sencillez, para un drama de villanos o de bandidos.

-Me gustan -exclamó el rey- los hombres de vuestro temple, y os ruego encarecidamente me contéis vuestras aventuras.

-Señor, si así os place, escuchad una triste historia que, por vez primera, saldrá de mis labios: bien es verdad que por primera vez he oído súplicas de una persona que pudiera mandarme.

Aproximó el joven su rústico asiento al no menos tosco del monarca, y con blanda y melancólica voz enderezó sus razones en los términos siguientes:

-Hasta la edad de diecisiete años, me llamaba Rodrigo una anciana, a quien yo prodigaba con respeto el dulce nombre de madre. Nada perdonó la infeliz, en medio de su pobreza, para que aventajase a todos los de mi edad en los ejercicios de destreza y de valor, enseñándome por medio de un hermano suyo el manejo de todas las armas, como quien sabía que tanto había de necesitar de ellas; pues toda mi ventura, si alguna me espera, debo conquistarla a punta de lanza y al filo de mi espada. Cumplí los diecisiete años, y aquella anciana me llamó un día, y envuelta en mil sollozos, dejó escapar el secreto de que yo no era su hijo, que yo nada tenía mío, ni aun el nombre que llevaba.

-¿Quién soy? -le pregunté con ahínco-. ¿Han muerto mis padres?

-No: ¡viven aún!

-¡Viven!, y ¿no se dejan abrazar de su hijo?

-Lo que es a tu madre la verás esta misma noche.

-¿Y por qué no ahora?

-Importa mucho a su honor el que nadie te vea entrar en el sitio donde ella mora, y si eres buen hijo, y estimas la honra de tu madre, debes aguardar a que la noche cierre de manera que tú mismo, conducido por mí, llegues a sus brazos sin saber qué camino has traído.

-¡Oh! -exclamé yo-, llevadme sin dilación, ahora mismo; yo quiero conocerla sin perder un momento: quiero que sepa que su hijo no puede pasarse un instante sin verla, ella que ha dejado pasar diecisiete años sin ver a su hijo.

-Si te obstinas, no la verás ni ahora, ni esta noche, y, malogrando esta noche, nunca llegarás a verla en este mundo.

-Callé: Sufrí seis siglos de dilación, que tales me parecieron las horas que me faltaban. Vino la noche tan ansiada, salí de mi choza: el cielo estaba lóbrego, tempestuoso; anduve algunas millas, dando muchos rodeos, que quizá sólo servían para hacerme perder la pista. Llegué a un castillo muy negro, muy grande y muy silencioso. Se abrió una puerta que conducía a una escalera de caracol. Mi conductora, con ser anciana, subía más

apresuradamente que yo; los latidos de mi corazón eran tan violentos que apenas me dejaban dar un solo paso. De repente me hallé dentro de una estancia lujosamente aderezada; quedé deslumbrado en medio de su luz escasa. Jamás había visto tanta riqueza, señor, ni aun en el templo de Santiago, que vuestros ilustres abuelos han construido.

En uno de los rincones del aposento vimos debajo de azules pabellones una cama, y en ella una mujer de cabellos de ébano y de semblante tristemente hermoso. El fuego de la fiebre ardía en sus ojos y la palidez de la muerte empezaba a esparcirse por sus ahuecadas mejillas.

-¡Vedle ahí! -la dijo con afligido acento la pobre anciana.

-Yo caí de rodillas delante del lecho, besando e inundando de lágrimas la mano que la enferma me había alargado.

Señor, no encuentro palabras para deciros lo que entonces pasó por mí, ni fuerza para repetiros las palabras de mi madre.

La profunda agitación que le produjo mi presencia debía acelerar su muerte; porque inundando yo todavía de lágrimas su mano descarnada, la sentí fría, inmóvil, dura como el mármol. ¡Mi madre había expirado! Estábame diciendo a la sazón con voz débil y apenas perceptible que mi padre gemía encerrado hacía muchos años en los calabozos de uno de los castillos del reino de Galicia, y me daba una cruz de oro para que por ella pudiera ser reconocido; pero la muerte cortó el hilo de sus razones, y yo quedé, señor, sin saber ni el nombre de mi padre, ni el del castillo donde estaba sepultado.

## CAPÍTULO II

### *Donde menos se piensa, salta la liebre*

Calló el desconocido, quedando con los ojos tristemente inmóviles, y abismado en profundos y dolorosos recuerdos; y el Rey, aprovechándose de aquella pausa, le preguntó, como para esforzarle a continuar una relación, que tan vivamente le había interesado:

-¿Y será posible que en tres años no hayáis podido descubrir el paradero de vuestro padre?

-¡Ah! -respondió el mancebo, alzando los ojos al cielo, para bajarlos luego dolorosamente hacia la tierra-. Tus palabras me han herido como la punta de una flecha; y yo, señor, que creía poder levantar mi frente con altivez en todas ocasiones, no me atrevo a mirarte con sereno rostro.

-Vamos, noble mancebo -repuso Alfonso-; vuestras miradas y del encendido color de vuestro semblante me están diciendo que jamás habéis cometido un crimen. ¿Y quién es tan perfecto, que no tenga que acusarse de alguna falta?



-La mía es demasiado notable para que pueda ser común; porque yo, señor, mientras mi padre gemía en profundos calabozos privado de luz, de libertad y de toda sociedad humana; yo, después de haber hecho algunas inútiles pesquisas, fui a parar a Monforte, donde moraba el rey don García, vuestro hermano; y en aquella corte permanecía a despecho de mi único afán, de mis más ardientes deseos de venganza, como enclavado en aquel punto, como alucinado en torno de una mujer...

-¡Ah!... ¡Bah, bah! -exclamó don Alfonso con cierta sonrisa, entre compasiva y maliciosa.

-Sí, señor, en torno de una mujer -repitió el caballero encendido como la grana-, que me robaba el pensamiento de mi padre, de mi Dios, que me traía... así... como...

-Vamos, como loco y rematado de amores.

-No, no señor; como espantado, como si de ella quisiese huir y cada vez me aproximase más, como..., en fin, yo no puedo explicar lo que sentía, y ahora mismo tengo tal vergüenza y tal rabia al recordarlo, que me echaría en medio de esa hoguera para ocultar mi confusión, o me lanzaría en medio de un escuadrón de moros enemigos, para calmar esta inquietud y desahogar este furor que siento.

-Pero, hombre -exclamó el rey con la misma sonrisa y alguna más franqueza-; si el recuerdo de nuestros amoríos había de inspirarnos semejantes ideas, era cosa de haber fenecido ya cien veces achicharrados, o de no haber dejado un musulmán a vida desde aquí a Granada. Aquí me tenéis a mí, sin ir más lejos quien, enamorado por la fama de Águeda de Normandía, tuve la desgracia de perderla, y la fortuna de consolarme con doña Inés de Aquitania. Pero habiendo tenido que huir de las asechanzas de Sancho, mi hermano, que trataba de cortarme el cabello, para plantarme encima de la cogulla, me refugié en tierra de moros, y allí, por distraerme, anduve de galanteos con la hermosísima Zaida, hija de Abenamet, rey de Sevilla, a la cual tengo ya medio convertida al cristianismo. Pues lo que es mi acendrada pasión por la nobilísima señora doña Gimena Núñez, nadie la ignora en estos reinos, y sería la conquista más brillante de mi vida si no estuviese empeñado en libertar al conde don Ataulfo de la carga de su bellísima consorte, al mismo tiempo que de su castillo.

-Lo que yo sentía por aquella mujer no era amor -dijo el mancebo-, porque en sus ojos brillaba una expresión siniestra que me asustaba; pero al mismo tiempo no podía yo vivir fuera de su lado, y una sola sonrisa suya bastaba para hacerme olvidar que había otro mundo que los lugares donde ella solía morar, ni otros seres más que los que por ella pudieran ser favorecidos o desdeñados, ni otra ocupación más que la de contemplarla, a veces con espanto, a veces con embeleso. Yo sospeché si algún judío me habría dado hechizos con ella...

-¡Ca! Eso mismo precisamente es lo que experimentaba yo por la bella mora -dijo el rey-, y sin andarme en brujerías ni en cosa que lo valga, me lo explicaba yo sencillamente por la lucha que sentía entre mi pasión y los respetos debidos a la santa religión que profesamos; eso es lo mismo, ni más ni menos, que los escrúpulos, los temores y los deseos que despedazaban mi corazón, ardientemente enamorado por la esposa de Ataulfo, hasta que caí en la cuenta de que, siendo ilegítimo su matrimonio por el parentesco de

ambos consortes, nada había más fácil de conseguir que su anulación completa. Pero dejando a un lado mis historias, vengamos a la vuestra.

-¿Y os amaba aquella mujer?

-Ahí está el caso: me amaba tanto que, a pesar de la repugnancia que yo sentía hacia ella, me parecía un crimen de ingratitud, para mí el mayor de los crímenes, el dejar de corresponderla.

-¿Era hermosa?

-¡Oh! ¡Eso sí!, hermosa como un ángel; pero he dicho mal, señor; los ángeles no deben inspirar el miedo que aquella mujer me causaba.

-¿Qué edad tendríais?

-Dieciocho años.

-¡Bah!, ¡pues, entonces!... ¿Cuántos tenéis ahora?

-Veinte.

-Pocos son y, sin embargo, si la volviérais a ver no os daría tanto miedo. Vamos, que un guerrero como vos no debe asustarse de una tierna doncella...

-Era viuda, señor, y vestía las negras tocas hacía mucho tiempo.

-¡Viuda y hermosa, y en Monforte! -exclamó el rey con acento algo turbado, que quiso disimular con maquinal sonrisa-. ¿Por qué diablos no os casasteis con ella? ¿Era villana, por ventura?

-¡No! ¡Eso no! ¡Noble, muy noble! -repuso el mancebo vivamente.

-Ya me lo figuraba -dijo el rey con no menos viveza, y luego prosiguió con un acento particular-: ¿Con que, decís, que os amaba mucho?

-Como si fuese hijo suyo.

-Pues, ¿es que no los había tenido?

-Jamás, y por eso, creo yo, que su difunto esposo la desdeñaba.

-Su difunto esposo sería...

-Anciano, señor, según ella me dijo.

-¡Hola! ¿Pero sería?...

-Bastante te he dicho, señor; permíteme guardar silencio acerca de su nombre.

-Si, bastante habéis dicho -repuso don Alfonso con grave acento y rostro sombrío.

Y después de un momento de meditación, en el cual cruzaron por la mente de don Alfonso mil pensamientos más rápidos y más negros que las nubes que arrastraba entonces el austro, dijo volviendo a su habitual serenidad y franqueza:

-Y ¿qué fin tuvieron tan extraños amores?

-Se ausentó repentinamente aquella dama de la corte de don García; y solo, fuera de los alcances de un influjo fascinador, pude hacer un esfuerzo ayudado por la memoria de mi padre. Corrí a Compostela, y sobre el sepulcro de nuestro santo Apóstol, hice voto de olvidar para siempre a la dama de Monforte y de nunca más volver a preguntar por ella.

-¿Y lo habéis cumplido?

-A medias, señor; olvidarla, me ha sido imposible; y en cuanto a preguntar por ella, tú eres, señor, el primero a quien he contado mi aventura, y el único confidente de mis amores. Entonces, armado ya caballero en la corte de don García, conocido ya entre los mejores hidalgos del reino, y teniendo el remordimiento de haber olvidado el infortunio de mi padre, juré no desarmarme hasta dar con él, muerto o vivo, y tomar una horrible venganza sobre sus enemigos.

-En resumidas cuentas, os halláis sin conocer a vuestro padre y, por consiguiente, sin saber cuál es vuestro nombre; y por añadidura, ignoráis también la suerte de vuestra amante.

-Así es la verdad, señor.

-Pues bien, amigo mío, el castillo de Moscoso es el único que os falta que ver en todo el reino de Galicia y el único también que a mí me falta que conquistar. Si proseguís vuestro camino, y os presentáis al conde como un soldado, que intenta ayudarle, con su espada en la terrible cuita a que voy a reducirle, fácil es que mande abrir inmediatamente las puertas y bajar los puentes levadizos y que entréis a pie llano y sin dificultad ninguna, y que os reciban con palmas, atendido vuestro valor. Si por el contrario, queréis permanecer conmigo, entraréis también en el alcázar, os lo juro, pero será con más riesgo; trepando quizá por una escala con la espada en los dientes y cabalgando en las almenas, donde os abriréis paso por entre enemigos. Elegid.

-Tu duda me ofende -respondió intrépidamente el caballero-, que aunque no fueras mi Rey y mi señor, debía inclinarme hacia ti, porque es el camino que me ofrece dificultades y peligros.

-Dadme esa mano, amigo mío -le dijo el rey tendiéndole la suya-. Bien habéis salido de la prueba a que he puesto vuestro valor y lealtad. Ahora os digo que entraréis al punto sin tropiezo alguno en el castillo de Moscoso, porque os elijo para que llevéis un mensaje a don Ataulfo antes de emprender el asalto; exigiréis del conde que os entregue inmediatamente todas las llaves del alcázar; vos mismo seréis quien abra todas las puertas, y si no quedáis satisfecho de tantas pesquisas, vos mismo le mandaréis demoler hasta que no quede piedra sobre piedra, para encontrar a vuestro padre. Y por lo que toca a vuestra dama -prosiguió el rey con voz más dulce y conmovida-, si por casualidad, la vieseis...

-¡Imposible, señor!, ¡imposible! -le interrumpió el mancebo-. En un alcázar que debe sufrir los horrores de un sitio, ni la esposa misma del conde debe albergarse.

-No importa. Si por casualidad la vieseis, tomad este pliego -le dijo el rey, dándole su excarcela, que tenía dentro un rollo de pergamino con sellos de plomo que la hacían bastante pesada-, tomad este pliego, abridle algunos momentos después de hallaros en la presencia de la viuda de Monforte; y acordaos de que es el rey Don Alfonso de Castilla y de León el que os ha dado ese escrito.

Dichas estas palabras, y sin aguardar el monarca la respuesta del caballero, salió de su tienda con altivo semblante, con la frente erguida y el rostro inundado de esa inefable satisfacción profunda, por lo mismo que no está exenta de dolor y que se muestra siempre que acabamos de hacer una buena obra, que nos ha costado algún sacrificio.

Algún tiempo después entraron en la tienda otros cuatro caballeros, que venían a ponerse a las órdenes del desconocido, el cual, instruido por ellos de las últimas proposiciones del monarca, montó a caballo, y seguido de sendos escuderos, comenzaron a subir hacia el castillo de Moscoso.

Claro y apacible el cielo iba ocultando entre los pliegues de su manto azul el trémulo fulgor de las estrellas, y los nacarados resplandores de la aurora doraban ya las enriscadas cimas de los montes, cuando los caballeros llegaron a ver las almenadas torres del castillo de Moscoso.

Sobre un cerro erizado de rocas elevábase el alcázar, guarnecido de fuertes murallones, al pie de los cuales dormían las sosegadas y verdes aguas, que llenaban el ancho y profundo foso. Sobresalían en la fachada cuatro gruesos torreones, en medio de los cuales se hallaba la puerta defendida por el puente levadizo. El castillo estaba formado de tres cuerpos: uno espacioso y cuadrado, que terminaba en azotea y servía de base al segundo, más estrecho y coronado de almenas, de cuyo centro salía una torre altísima que dominaba tan vasto edificio.

Luego que los mensajeros se acercaron a tiro de ballesta, sacó el desconocido un lienzo blanco y colocándolo en la punta de su espada, le hizo ondear tres veces por el viento en señal de paz; y al mismo tiempo uno de los caballeros que le acompañaban, descolgando del cinto su bocina, la hizo resonar otras tantas veces, y en todas ellas retumbó el eco temeroso en las concavidades de la montaña.

A estas señales los guerreros de Ataulfo apartaron las flechas de los arcos, en cuyas tirantes cuerdas de nervios de buey las tenían ya colocadas, y las arrojaron con desdén a los montones dispuestos de trecho en trecho en la plataforma del castillo.

Al mismo tiempo Ataulfo, en lo alto de la torre, estaba observando los movimientos del campo enemigo, y a un ademán suyo resonó toda la trompetería del castillo, como si saludase la salida del sol, que a la sazón se asomaba en frente de los sitiadores.

Mandó luego bajar los rastrillos del puente, y él mismo se dignó descender a uno de sus más suntuosos aposentos, para recibir a los comisionados. Hemos dicho mal. No era a los comisionados a quienes él estaba dispuesto a recibir: pues, antes de sentarse en su trono

feudal dio las órdenes más terminantes para que tan sólo se dejase entrar a uno de los parlamentarios, si bien todos ellos podían llegar sin temor hasta las murallas.

Ya supondrá el lector que nuestro aventurero no cedería a nadie el derecho a penetrar en aquel sombrío recinto, donde tal vez se albergaba su padre. Y así fue que menospreciando los avisos y advertencias de los caballeros del rey, que le referían las inauditas crueldades y descomunales hazañas del conde, y no querían dejarle sólo a merced de un hombre sin más freno ni ley que su bárbaro capricho, con paso audaz y corazón tranquilo traspasó el puente levadizo, y desapareció bajo las negras bóvedas del alcázar.

Ataulfo quiso recibir al enviado del monarca con toda la pompa y ostentación que cabía en sus costumbres naturalmente rudas, que participaban tanto de la aspereza de su condición, como del carácter de su siglo. Desde la puerta del alcázar hasta dentro de la habitación del conde partían dos filas de guerreros, comenzando abajo los peones y arqueros del país, y terminando en el aposento con los más apuestos caballeros de sus dominios.

Dos reyes de armas que llevaban en sus dalmáticas primorosamente bordados los blasones de la casa de Moscoso, acompañaron al aventurero desde su entrada hasta la puerta del aposento, donde, para templar sin duda aquel aspecto imponente que le daba el aparato militar, había ordenado que sentada a par de él apareciese la condesa, acompañada de sus damas y bizarramente aderezada.

Bien a las claras se veía el empeño de Ataulfo en aparecer tan grande y poderoso como el monarca, a quien afectaba tratar de igual a igual.

Precedido de los reyes de armas, entró el caballero en un salón inmenso de arquitectura bizantina, que por todo adorno tenía dos enormes sillones de ébano en forma de trono y algunas no despreciables pinturas en las paredes y en el techo. Uno de los asientos estaba ocupado por el conde y el otro por su esposa.

-¿Quién sois? -le dijo aquél con voz estentórea, cuando el mensajero llegó en medio del aposento.

-Soy un caballero de la corte del rey Don Alfonso de Castilla y de León, que acaba de conquistar el reino de Galicia a su hermano don García, y os exige que le rindáis pleito homenaje, y en señal de feudo le entreguéis todas las llaves, todas, *hasta la de los subterráneos* de vuestro castillo.

Ataulfo, que por desgracia suya tenía levantada la visera de su casco, le había escuchado al principio con soberbia y casi con furor, y no pudo ocultar un movimiento de sorpresa, ni cierta súbita palidez en su semblante encendido por la rabia, al oír las últimas marcadas palabras del mensajero.

Todos los caballeros habrían notado esta turbación si al mismo tiempo no hubiese salido un débil gemido femenino bajo el velo que ocultaba el rostro de la condesa. Entonces se miraron con cierto asombro, y no sabían cómo explicarse el efecto producido por las palabras del mensajero.

Este lisonjeado y animoso, prosiguió:

-Esto os digo de parte del rey; y si dentro de dos horas no habéis accedido a su demanda, seréis pasados todos a cuchillo, y no dejará piedra sobre piedra de este alcázar.

-¿Y quién sois vos -tornó a decir el conde encendido otra vez por la cólera-, quién sois, para que el conde de Moscoso os entregue las llaves de su castillo?

-Os lo he dicho ya: soy el que represento al rey mi señor y vuestro.

-Sí, ¿pero qué sé yo si es fingido este mensaje?

-Prendas tengo aquí que me autorizan: este es el anillo real, que de su propia mano he recibido.

-Pero ¿quién sois? ¿Qué nombre es el vuestro?

El desconocido guardó silencio.

-¿Cómo os llamáis? -volvió a decir Ataulfo reparando en la confusión del mancebo y deleitándose en aumentarla.

-Me llamo Rodrigo -dijo éste por fin con débil voz y encendido de vergüenza.

-¿Pero Rodrigo de qué? Nadie en estos reinos pronuncia su nombre sin recordar al mismo tiempo el de su padre.

-El de mi padre lo ignoro, y os lo confieso francamente, pues no me han enseñado a fingir ni a usurpar nombres ajenos.

-¿Cómo, y a un desconocido, a un villano quizá, ha de entregar don Ataulfo de Moscoso las llaves de su castillo? Andad, y si no habéis robado en medio del camino ese anillo real, decir al monarca de Castilla y de León que elija mensajeros más dignos de su grandeza y de la mía.

Al decir estas palabras se levantó el conde de su trono, disponiéndose a salir del aposento y dirigiendo al mancebo una mirada de triunfo y de desprecio.

Pero en aquel punto resonó una voz dulce y penetrante de mujer, que detuvo sus pasos.

-Aguardad, Ataulfo -dijo la condesa, echando atrás el velo de su frente-, aguardad y yo podré deciros el nombre de ese mancebo y el de sus padres.

Pero el conde no la dejó continuar, y acercándose a ella la dijo al oído:

-Si lo pronuncias le matas.

Y cogiéndola del brazo salió con ella acompañándola hasta la puerta.

El mancebo, que estaba confuso y avergonzado en medio del salón, sufriendo el peso enorme de todas las miradas insultantes, de desdeñosas sonrisas de aquellos caballeros, al

ver pasar delante de sí a la condesa, se quedó mirándola con los ojos desmesuradamente abiertos e inmóviles y exclamó:

-¡Dios mío! ¡Es ella! ¡Elvira la de Monforte!

Entonces se acordó de la excarcela que le había dado el rey. La abrió, sacó el rollo del pergamino, rompió los sellos, y leyó un breve de su santidad el Papa Alejandro II por el cual se declaraba nulo el matrimonio de doña Elvira Enríquez de Monforte, casada en segundas nupcias con Ataulfo de Moscoso, por haber sido mujer de don Ramiro de Moscoso, hermano primogénito de Ataulfo.

-¡Oh! el cielo me ha deparado la venganza más pronto de lo que yo creía. ¡Oíd! ¡Oíd, conde de Moscoso! -le dijo a éste, que después de haber acompañado a la condesa se quedó a la puerta del salón observando los movimientos del desconocido-. ¡Oíd!, no soy tan sólo mensajero del rey de Castilla; lo soy también del Sumo Pontífice Romano; aquí tenéis sus letras por las cuales declara nulo vuestro casamiento incestuoso con la mujer de vuestro hermano, y os excomulga, y excomulga también a todos cuantos habitan con vos, comieren con vos y os ayudasen en cualquier empresa, mientras permanezcáis en esa unión que Dios ha maldecido desde el cielo, como maldijo vuestro hermano desde su tumba.

### CAPÍTULO III

#### *La caverna*

Todos los circunstantes quedaron sobrecogidos por un movimiento de asombro y de sorpresa.

Ataulfo tendió una mirada alrededor y leyó en el semblante de sus guerreros la mala impresión que la imprevista nueva les había causado, y la poca o ninguna disposición que tenían para arrostrar los anatemas del Sumo Pontífice, por defender a un hombre, que, además de todo, aparecía como rebelde al nuevo monarca.

En medio de su castillo erizado de almenas, cercado de fosos y guarnecido de intrépidos soldados, una sola palabra había bastado para desarmarle completamente; y el conde de Moscoso, que osaba resistir al ejército de un monarca, cuya bravura era ya para entonces reconocido hasta en reinos extraños, ese mismo conde desde aquel momento era una criatura débil, desamparada, cuyas órdenes no podían ser obedecidas porque nadie las escuchaba, cuyo brazo era inofensivo porque todos huían de su alcance.

Todos estos pensamientos cruzaron en un instante por la mente de Ataulfo, a quien sus propios remordimientos, la inquietud de una conciencia tenebrosa, no dejaban poner en duda la autenticidad del escrito presentado por el caballero sin nombre. Ello es que el furibundo león tornóse de repente en tímido cordero, y con aire contrito y resignado se acercó al desconocido diciéndole con humilde y turbado acento:

-Perdonad, caballero, si anduve descomedido con vos; una persona que trae sendos mensajes del Vicario de Cristo en la tierra y del rey más poderoso de la cristiandad, no necesita revelar su nombre para hacerse merecedora a los mayores respetos.

-Las ofensas que a mí me atañen -respondió con altivez el desconocido-, yo sabré vengarlas en ocasión más oportuna: las ofensas que atañan al rey, sólo pueden borrarse con la sumisión más completa.

-A todo estoy resuelto -respondió, cabizbajo, don Ataulfo y con aire de compunción, a que por vez primera se plegaban las duras facciones de su soberbio rostro.

-¿Daréis entrada al rey y a sus soldados?

-Ni un solo instante se detendrán a las puertas del castillo.

-¿Les rendiréis pleito homenaje, jurándole pagar el feudo que os imponga?

-Todo cuanto yo tengo, todo es del monarca: si alguna cosa me deja para mi uso, lo consideraré como una merced de su ánimo levantado y generoso.

-¿Y me haréis entrega de las llaves del castillo?

-De todas.

-¡De todas!

-Sí, de las llaves de mi armería...

-¡Bah! -dijo el mancebo con gesto desdeñoso.

-De las llaves de mis tesoros.

-¿Qué me importan? -repuso, impaciente, el desconocido.

-De las llaves... de mis prisiones...

-Esas, esas busco yo... quiero decir, esas demanda el rey.

-Pues bien, si entre mis cautivos y prisioneros hay alguno que pueda interesaros...

-Tal vez.

-Sin rescate alguno quedará libre al momento.

-Ahora mismo vamos a verlos.

-Deber mío es acompañaros.

Al oír estas palabras, dio el desconocido algunos pasos, impaciente, al mismo tiempo que temeroso de que Ataulfo se arrepintiese de sus promesas; y éste, comprendiendo el anhelo del mensajero, se adelantó a mostrarle el camino, diciendo en alta voz al



desaparecer de entre la gente por una de las oscuras galerías del macizo y tenebroso alcázar.

-Sabed, señores, que desde este momento tan sólo habéis de obedecer a este caballero, representante de nuestro rey y señor don Alfonso el VI.

Después de haber andado por unos tránsitos solitarios, cuyo silencio era tan sólo interrumpido por el estrépito de sus resonantes pisadas, repetidas por el eco en los ángulos remotos, se detuvo algún tanto el conde que marchaba delante, y acercándose al desconocido al tiempo de llegar a una escalera de caracol, le dijo con el mismo acento de mansedumbre:

-¿Sabéis el nombre o las señas de los prisioneros cuya libertad desea mi rey y señor? Os hago esta pregunta, que tal vez juzgaréis indiscreta, porque, si así no lo fuese, mucho se abreviaría la pesquisa que vamos a emprender.

-El prisionero que yo busco -respondió el desconocido con trémula voz- hace muchos años que está privado de libertad.

-Me lo había figurado. En tal caso por aquí vamos bien. Bajad.

-¡Cielos! ¿Con que ya sospecháis?...

-Sospecho, que cuando el rey... o vos tenéis empeño por un preso, no ha de ser éste una persona vulgar; un judío, por ejemplo, que no quiera prestarme dinero; una bruja a quien se haya encontrado *in fraganti* con el diablo; un villano que, so pretexto de habersele perdido la cosecha, se niega a pagar: Vuestro prisionero ha de ser...

-Un anciano -añadió vivamente el desconocido.

-¡Pues! Un anciano noble.

-¡Ah! ¿Sabéis que es noble?

-Sí, un noble anciano que está siempre llamando a su hijo.

-¡Dios mío!

-A quien sólo puede reconocer por una cruz de oro.

-¡El mismo, el mismo! ¡Ese debe ser mi padre! ¡Llebadme pronto a sus brazos! Además más a prisa. ¡Oh, tanto bajar! ¡Tantas puertas como vamos abriendo y no llegamos nunca! ¡Pobre padre mío! ¡Te han sepultado en el centro de la tierra! Pero, ¿qué crimen ha cometido, decidme, tigre feroz? ¿Es posible que no os hayan apiadado sus lágrimas, sus canas venerables? No; ¡le habéis sacrificado bárbaramente! Mi padre es incapaz de ningún delito.

-Así lo juzgo yo -contestó el conde-; más que criminal es desgraciado; el mismo os contará su lamentable historia, y quizá entonces no me tratéis tan duramente como tratáis ahora.

Hablando estas cosas llegaron a un tránsito enteramente oscuro y que debía ser largo y abovedado por lo mucho que retumbaban los pasos del caballero. El conde apresuró los suyos, y cuando el desconocido llegó a alcanzarle, acababa Ataulfo de abrir una puerta muy sólida y estrecha, guarnecida de planchas y enormes barras de hierro.

-Aquí está el hombre que buscáis; habéis llegado al fin de vuestro viaje -le dijo con un acento cuya expresión hubiera comprendido el mancebo si el ansia que le consumía por hallarse cuanto antes en la presencia de aquel de quien ya tan vivamente sospechaba que pudiera ser su padre, le dejase lugar para ocuparse de otra cosa; y si la completa oscuridad no le hubiese impedido ver la siniestra expresión de los ojos del conde, que brillaban entonces con maligna complacencia, y con todo el fuego de un odio feroz y satisfecho.

Oyó apenas los ronos rechinidos que despidió la robusta puerta al girar sobre sus goznes; pero notó una confusa y débil claridad en el fondo de un ándito cuyos contornos no alcanzaba a descubrir.

Por una de esas aparentes contradicciones del corazón humano, que se complace en retardar el logro de sus más ardientes deseos cuando más próximo está y más seguro de conseguirlos, el mancebo, que hasta entonces por pasadizos y escaleras oscuras y desconocidas había caminado audaz y apresuradamente, se detuvo de improviso en aquel recinto menos sombrío, cuando sólo le faltaban algunos pasos para llegar tal vez a los brazos de su padre. Puede ser que también se lo impidiesen las violentas y fuertes sacudidas de un corazón juvenil, que no le cabía dentro del pecho. Puede ser que aquella repentina claridad, por más que fuese débil y menguada, le deslumbrase. Lo cierto es que a los dos o tres pasos del umbral se detuvo alzando los ojos, mirando atónito en derredor, sin que alcanzase a distinguir otro objeto alguno, y envuelto al parecer en una niebla, bastante diáfana para ser espesa, pero que le ofuscaba así los ojos corporales como los del entendimiento.

No acertaba a darse cuenta dónde se hallaba, ni a quién iba a buscar; ni por qué aventuras tan extrañas había llegado a tal punto, y sólo su corazón, con sus violentos latidos, le anunciaba la proximidad de un gozo inmenso o de un cruel desengaño.

Poco a poco fueron tomando cuerpo algunos objetos informes, que se dibujaban confusamente alrededor del mancebo; poco a poco fue conociendo éste que respiraba la misma atmósfera húmeda, fría y pesada que su padre estaba respirando hacía tantos años; y allí no lejos de sí creyó descubrir toscos y macizos pilares, que sostenían una altísima bóveda de piedra, y en alguno de ellos se le aparecía la imagen de un anciano venerable, que con furiosas miradas concitaba la cólera divina sobre la frente de sus enemigos.

Osó dar entonces algunos pasos silenciosos y pausados, y creyó escuchar un ruido monótono y bullicioso, que de nuevo hacía latir su corazón. El aire era menos pesado conforme el caballero avanzaba; la atmósfera más fría, y de pronto sintió a sus pies una humedad que le hizo bajar los ojos para observar de dónde provenía. Un pequeño arroyo bullía a sus pies y atravesaba a lo ancho aquella cueva, descendiendo en un extremo en forma de pequeña cascada. El caballero reflexionó que aquel arroyo debía ser el desagüe del foso y, por consiguiente, que la cueva estaba mucho más profunda.

Inquieto, sin embargo, por no encontrar el huésped que moraba en aquel espantoso aposento, quiso gritar para llamar la atención del prisionero; pero una especie de temor, o de respeto profundo hacia el que podía ser su padre y que aun no siéndolo estaba santificado por la prolongación de su infortunio, le detuvo la voz en la garganta y determinó de volverse atrás y preguntar al conde, que se había quedado esperándole en la puerta.

Tornóse, en efecto; pero al volver el rostro quedó inmóvil, cuando a la luz de una lámpara de bronce vio tendido en el suelo y sobre unas pajas un anciano de aspecto tan noble y tan venerable como se lo había figurado.

Estaba al parecer durmiendo tranquilamente, reclinada la cabeza sobre un rollo de estera de la misma clase, que la que le cubría todo el cuerpo, excepto los brazos, que sacaba por encima. El mancebo quiso arrojarse a sus pies, pero le faltó siempre el valor, que parecía innato en su corazón, y con una especie de estupor, de enajenamiento, de gozo y de lástima, se quedó inmóvil, contemplándole con inefable dulzura.

De repente una palidez mortal cubrió su rostro desencajado por tan violentas afecciones. Le asaltó la idea de si el que creía dormido estaría muerto, y a la verdad que la amarillez y magrura de su rostro no eran las señales más a propósito para desvanecer sus temores, si en aquel instante no se hubiese contraído los blancos labios del anciano con una dulce sonrisa.

Aquella sonrisa era la aurora de un ensueño bonancible, el único consuelo que es dado a un prisionero privado para siempre de la luz y de la libertad.

Así es que el caballero contuvo un grito de alegría que iba a exhalársele del pecho, y resolvió no turbar de manera alguna aquel apacible sueño y observar entre tanto los objetos que le rodeaban, sorprendiendo la vida misteriosa y los pensamientos más íntimos de su padre.

Para conocer si éste lo era verdaderamente para gozarse más y más en su sorpresa y preparar de alguna manera su reconocimiento, que tal vez pudiera causar una conmoción funesta al prisionero, determinó depositar a los pies de éste la cruz de oro, que le había entregado su madre y esperar oculto detrás de un pilar, desde donde, sin ser visto, podía espiar los menores movimientos y escuchar hasta los más débiles suspiros del anciano.

Lo hizo así, en efecto, y pudo entonces el mancebo contemplarle despacio.

Su cabeza estaba enteramente calva y sólo algunos mechones blancos y retorcidos colgaban de sus descarnadas sienas. A pesar de la sombría palidez de su rostro y de las arrugas que en todas direcciones le cruzaban y de lo hundido y ahuecado de sus mejillas y de sus ojos sepultados en una cuenca profunda de color aplomado, no se le podía ver sin sentirse inclinado a venerarle; porque entre todas estas espantosas huellas de sus trabajos y de sus pasiones, brillaban algunos rasgos y contornos delicados, tristes reliquias de la hermosura, nobleza y arrogancia de que sin duda en sus juveniles años estuvo adornado.

En la inalterable calma de aquel semblante, a quien todavía más tristeza y dolor añadían las espesas y crecidas barbas, que a manera de una cascada espumosa le caían y se

derramaban por su desnudo pecho; en la inmovilidad de aquellas rígidas facciones, le pareció al caballero que se pintaba una satisfacción, un recuerdo grato de sus bonancibles tiempos.

Era por demás interesante y curiosa la inspección de aquella caverna donde por tantos años estaba viviendo un hombre separado absolutamente del trato y comercio de los demás hombres; y si esta inspección, si esta sorpresa la hubiera verificado una persona en cuyo corazón no luchas en tantos deseos, tantos temores, tantos ímpetus de venganza, habría sentido un placer inefable en observar, minuciosamente los objetos que allí había, para conocer por ellos las ocupaciones, los gustos y los trabajos del huésped de aquel lóbrego aposento. Sin embargo, no pudo menos de notar que sobre la paja, que le servía de lecho, colgaba de la pared una especie de tosco pabellón, formado de esteras, que remataba en una corona de la misma materia. A pesar de los tiernos años del mancebo habría sufrido demasiado para no tener algún conocimiento del corazón humano y de las hondas raíces que él tiene echadas el árbol pomposo de nuestra vanidad; y pudo inferir sin gran esfuerzo que quien en medio de la profunda soledad y de un aislamiento completo aspiraba a conservar ciertas insignias, que sólo tienen el valor que les dan los demás hombres, debía haber nacido en puesto muy elevado, debía tener por muy familiares la grandeza, la ostentación y la bizarría, cuando para sí solo, sin advertirlo quizá, se había ocupado en fabricar un remedio de trono.

Nuestros lectores supondrán que este descubrimiento no disgustaría mucho al desconocido, en cuyo pecho brotaron las primeras semillas de la ambición al verse tan humillado por el conde.

Adquirir un nombre era para él un triunfo; adquirir un nombre ilustre debía serlo mayor; pero adquirir un nombre augusto era ir mucho más allá de sus deseos, de sus esperanzas, de sus ensueños.

Por lo mismo que su dicha iba a ser colmada, completa, inmensa, asaltaban cada vez más dudas y temores al angustiado mancebo, que a fuerza de desgracias consideraba su corazón tan miserable y estrecho, que en él no podía tener cabida tan grande ventura; y conforme en él alternaban el amor filial y la ambición, así sus miradas se fijaban alternativamente en el rostro del anciano y en el dosel que le cobijaba, hasta que en uno de esos ascensos y descensos de sus ojos, se fijaron éstos en una letra, que parecía toscamente grabada debajo de aquel grosero cortinaje.

La letra era una R.

¿Qué significaba esa inicial en medio de aquellas insignias?

¿Sería, por ventura, que no pareciéndole al anciano bastante explícito el emblema de su grandeza hubiese querido poner en claro que pertenecía a la dignidad real?

Aquella letra, ¿era la inicial de la palabra rey, o del nombre de Rodrigo?

Este último pensamiento que le asaltó repentinamente al caballero le hizo olvidarse del sitio en que se hallaba y lanzar un grito de alegría, que hubiera querido recoger, cuando todavía el eco le hacía resonar por las concavidades del subterráneo.

Se movió entonces el anciano sobre su lecho; se incorporó, dejando caer su blanquísima barba, y restregándose los ojos sobresaltado, que luego clavó en la bóveda, como si esperase ver asomarse por ella a algún objeto.

-¡Hola!, ¡hola! -gritó con una voz tan ronca y cavernosa, que apenas le permitía articular de un modo perceptible las palabras-. ¿Estáis ahí? ¡Bendito sea Dios! Pensé que al fin habíais resuelto dejarme morir de hambre ¡Por Dios os lo pido, no me deis una muerte tan espantosa! Cuando queráis sacarme de esta perpetua noche, enviadme un verdugo, y agradecido besaré su mano.

## CAPÍTULO IV

### *El prisionero comienza a contar su historia*

El anciano calló, y sus encendidos ojos giraban ansiosos en las profundas cuencas, buscando por todas partes una cosa terriblemente deseada; y entretanto, el desconocido comprimía su corazón, que parecía quererle saltar del pecho con el furor que le abrasaba, desde que oyó las tristes palabras del desventurado cautivo.

Éste, como en vano se fatigase en descubrir entre las sombras lo que esperaba, dejó caer tristemente la cabeza sobre el pecho, murmurando:

-Era un sueño sin duda; pero se me figuró que había oído un grito, y creí que al fin se acordaban de mí. ¡Oh! ¡Tan miserable soy, que después de tantos años de tormentos y de abandono, todavía creo en la esperanza!

Se quedó inmóvil y cabizbajo, cruzando los brazos bajo su lengua y espesa barba; pero al cabo de algunos momentos alzó la frente, aspirando el aire fuertemente y volviendo el rostro a uno y a otro lado, como el ciego Isaac cuando por el olfato quiso reconocer los vestidos de Esaú.

Esta atmósfera -pensó el anciano- no parece la misma de antes. Hallo yo aquí alguna novedad.

Y como la novedad, cualquiera que fuese en la prolongada y monótona existencia del prisionero, debía producirle una sensación deleitosa, brillaron sus ojos con más apacible lumbre y se contrajeron sus labios con la misma sonrisa, que el mancebo había notado durante su sueño.

Fijó entonces sus miradas, dulcemente inquietas, en el suelo, y aunque el desconocido estaba muy satisfecho de que sus pies no habían dejado en el suelo huella ninguna, sin embargo los ojos del anciano, que, a fuerza de tener delante por tanto tiempo unos mismos objetos, conocía, por decirlo así, una por una todas las arenas del pavimento, aquellos ojos perspicaces se convencieron muy pronto de que allí habían pisado otras plantas que las suyas.

Sobresaltado ya, se alzó con más agilidad de la que pudiera esperarse en sus años, dejando sentir el ruido de los eslabones de una cadena.

-Alguien ha venido aquí durante mi sueño -exclamó-. ¡No hay duda! ¡Es él!, es él, que habrá querido desengañarse de que los eslabones de esta cadena ni se han desgastado por el uso, ni se han roto por la fuerza. ¡Oh!, he perdido ya la cuenta del tiempo que hace que no veo otra criatura humana, otra imagen de Dios que la de ese monstruo, oprobio de la tierra y maldecido del cielo. ¿Cuándo las puertas de estas prisiones se han de abrir por otra mano que no sea la suya? Cualquiera otro que no fuese él se movería a compasión al ver mis lágrimas, al sentir mis quejas, y sin duda por eso no quiere confiar a nadie el cuidado de mi subsistencia. Pero, ¿dónde ha dejado esta vez el pan que me suministra? ¡Dios mío! ¡No le encuentro y hace tiempo que me falta! ¡Ven, Ataulfo, ven si estás ahí! -exclamó el anciano alzando la voz-: ven y extingue con tu puñal el débil soplo de vida que me resta ¡Oh!, no hay duda, quiere dejarme morir de hambre; nada encuentro aquí, nada. Pero ¿qué es esto? ¡Una cruz! ¡La dejó, sin duda, para mi agonía! ¡Mi muerte está decretada! ¡Pero esta cruz, yo la conozco, es de oro! -añadió, tomándola en las manos, trémulas de asombro y de inquietud-. ¡Esta cruz fue mía!... ¡Sí, mía!... Yo la colgué al cuello de mi hijo... ¡Qué recuerdos, gran Dios! ¡Y el sueño que acabo de tener! ¡Y esas huellas!, que parecen más pequeñas que las de Ataulfo! Y... ¿qué es esto, gran Dios, qué es esto? Yo siento sollozos, que no son el eco de los míos. El que llora no puede ser mi verdugo, y cada vez que he sentido crujir las puertas de hierro de este calabozo os he dicho: Dios mío, estas puertas, o las abre mi verdugo, o las abre mi hijo ¡Sin duda, tenéis piedad de mí por haber confiado en vos!

Cayó el anciano de rodillas con la cruz en los labios; pero su cuerpo, demasiado débil para resistir las violentas agitaciones de su espíritu, se dobló todavía más, cuando llegó a sus oídos una voz aguda y penetrante que le decía:

-¡Padre! ¡Padre mío!

Era Rodrigo, que no pudiendo dominar por más tiempo las emociones de su corazón, se adelantaba con los brazos abiertos a estrechar por primera vez al desdichado autor de sus días.

Éste prolongó por un solo instante el conocimiento, que ya le iba faltando. Clavó sus hundidos ojos con inefable expresión en el semblante de aquel mancebo, que, sin embargo de ser la primera vez que lo veía después de la infancia, le parecía conocido. Quiso prorrumpir en algunas palabras y exhaló tan sólo un gemido; y, agobiado por tantas sensaciones, tornó a caer pálido y yerto sobre las pajas que le servían de lecho.

Cuando llegó Rodrigo, sólo pudo abrazar el frío cuerpo de su padre, y bañándole de lágrimas, se quitó el casco y lo llenó de agua en el arroyo que atravesaba la caverna, y roció el venerable rostro del anciano, creyendo así hacerle volver de su desmayo.

Tan solícitos cuidados no tuvieron por el pronto resultado alguno aparente: por manera que el mancebo, profundamente inquieto, quiso acudir al conde para transportar al prisionero fuera del subterráneo y al aire libre, con lo que sin duda recobraría el uso de sus sentidos.

Tornó, pues, a la puerta de la prisión, llamando a voces a don Ataulfo; pero nadie le respondió. El conde se había marchado, no sin cerrar antes las macizas y ferradas puertas,

que no cedieron una sola línea de su quicio a los desesperados golpes del caballero para abrirlas.

Tornó éste a gritar con voz de trueno, que resonaba muy más hondamente bajo las bóvedas de piedra de aquella cueva; pero una reflexión le hizo enmudecer de improviso.

-¡Cuántos gritos habrá lanzado aquí mi padre en quince años! ¡Y, sin embargo, todos han sido inútiles!

Tuvo luego vergüenza de sí mismo por haberse fiado del verdugo de su padre, y no se atrevía a volver a la presencia de éste, cuando, en vez de la ansiada libertad, tan sólo podía ofrecerle ya su compañía en la prisión. Pero, al fin, acudió al socorro de aquel hombre infortunado, que permanecía exánime, y confió también en que la Providencia castigaría los crímenes del conde, armando contra él el brazo formidable del monarca de Castilla.

Al poco rato de haber llegado al lado del prisionero, comenzó éste a dar señales de vida.

No seremos nosotros los que intentemos transmitir aquí las primeras frases del interesante diálogo del padre y del hijo: bien es verdad, que las palabras eran lo de menos, y que lo que a este diálogo le daba un colorido intransmisible, eran las miradas, el acento, la sonrisa de estos personajes, dulces, abandonadas, expansivas en el primero; melancólicas, reservadas y detenidas en el segundo.

-¡Oh! -decía el uno-. ¡Cuántos años hace que te estaba esperando! ¡Bendito sea Dios, que al fin ha llegado este día en que puedo abrazar, hecho hombre, al niño que yo colmaba de furtivos besos en la cuna! ¡Oh, la libertad, la libertad! -repetía-. ¡Es el bien mayor de la tierra! Y, como todos los bienes, no se conoce ni se estima hasta que se pierde. Pero la libertad que se recobra de manos de un hijo todavía es mucho más dulce y preciosa. ¡Ven, hijo mío, ven! ¡Ayúdame a romper estas cadenas, salgamos pronto a ver la luz, el campo; a respirar el aire libre! Llamarte hijo mío, delante del cielo, será el colmo de la ventura, será mi gloria anticipada. Vea yo tu noble faz a la luz del sol, y el placer que yo sentiré será la más grata recompensa de mis inauditas privaciones.

Rodrigo, al escuchar estas palabras, que le desgarraban las entrañas, tornaba a los brazos de su padre, derramando en su seno lágrimas de amargura, que el anciano atribuía al exceso de la felicidad.

Pero un deseo ardiente, profundo, comprimido por espacio de tantos años, y avivado por la próxima esperanza de su logro, es demasiado tenaz para que pueda olvidarse por un instante, ni satisfacerse a medias.

El anciano recibía con tierna efusión los mudos abrazos de su hijo; pero volvía a insistir con una obstinación cruel:

-¿Has tenido fuerzas, hijo mío, para quebrantar las innumerables y robustas puertas de mis prisiones, y no las tendrás para quitarme estas cadenas que arrastran mis pies hace quince años, y que se han desgastado en mis carnes?

-¡Ah!, lo que es eso, sí, padre mío: soy bastante robusto para forcejear con el hierro y doblarlo como el alambre.

-¡Oh! Te veo cubierto con los arreos de los soldados, y parece que la armadura se amolda muy bien a tu talla, como si fuese tu ordinaria vestimenta. ¡Oh!, tu vida habrá sido digna de tu padre, digna de tu excelso origen. Desátame estos hierros, me contarás tu historia a la faz del sol y yo te contaré la mía debajo de los árboles, contemplando la inmensidad del cielo azul. ¡Si vieras con qué ansia anhelo tornar a ver las estrellas, la luna, los montes, las plantas, las flores! Sí, Rodrigo, sí: por mucho tiempo no quiero ni habitar ni dormir bajo techado: por mucho tiempo no quiero más cubierta que el pabellón azul del firmamento.

El mancebo se puso de hinojos para romper los eslabones de la cadena, ya demasiado débiles por el continuo roce de tantos años, y mientras duraba esta operación y hacía fuerzas con sus membrudas manos, podía ocultar el dolor inmenso, que se retrataba cada vez más vivo en su semblante.

Las cadenas cayeron, al fin, hechas pedazos; el anciano probó a andar, y con una satisfacción inefable traspasó el reducido círculo a que estaba condenado, y con una alegría casi pueril se gozaba en andar alzando los pies para cerciorarse de que ningún peso tenían que arrastrar. Se apartaba cuanto podía del pilar a que estaba amarrado, como para tomar posesión de una libertad que ya creía ilimitada.

Rodrigo permanecía inmóvil cerca del lecho.

-Padre, descansad un rato: las cadenas han labrado una huella profunda en vuestras carnes: venid, sentaos a mi lado: no os fatiguéis, padre mío.

-¡Descansar! ¡Permanecer aquí un instante más! ¡Oh!, creo que me sería insoportable. Mira, cuando veía tan lejano el tiempo de mi resurrección, me resignaba y olvidaba todo por el deseo de conservar un soplo de existencia para esta aurora suspirada. Ahora que el día ha llegado, contemplo con tal horror lo que he padecido, que preferiría la muerte a sufrir por una hora más la prolongación de mis tormentos.

-¿Y no os serían más llevaderos en compañía de vuestro hijo? -preguntó tímidamente Rodrigo.

-¡Con mi hijo, todo! -exclamó vivamente el anciano; pero añadió al punto, de improviso: -Con mi hijo menos que solo. No sabes tú qué cosa tan horrible es estar privado tantos años de libertad, de aire, de luz y del trato de los hombres. ¡No sabes tú cuán vivos, cuán vehementes son los deseos de gozar de aquellas cosas, que, por sencillas y comunes, no son advertidas de nadie! ¡No sabes tú lo que es recibir el alimento de manos de tu enemigo, cuyo olvido, cuya perfidia y abandono te exponen a morir de hambre a cada momento! ¡No sabes tú!... ¡Oh! ¡Salgamos, salgamos pronto de aquí! ¡Más quisiera no haberte visto que conocerte para saber que ibas a sufrir la mitad de lo que yo he sufrido!

Cuanto más precisa se iba haciendo la revelación de la perfidia del conde, cuanto más próximo parecía el desengaño, más obstáculos se le oponían al mancebo, menos disposiciones encontraba en su padre para recibir tan triste nueva. No tuvo valor para



decirle la verdad entera, y como esperaba ser libertado por el rey don Alfonso, le pareció que si prolongaba por algunas horas las ilusiones del prisionero, luego llegarían éstas a ser realidades, sin que su vida peligrase.

Alzó por fin Rodrigo su melancólica frente y clavando en el anciano sus tiernos ojos, le dijo con pausa y timidez, como si observase el efecto que producirían sus palabras, para arreglar a ellas las que le faltaban que decir:

-Padre mío, antes de entrar aquí he tenido que hacer un voto, de cuyo cumplimiento depende vuestra libertad.

-¡Ah! ¿Luego no soy libre todavía?

-Sí, padre mío, lo sois; porque nada hay en el mundo capaz de hacerme olvidar mi promesa, y ésta, por otra parte, es muy sencilla, muy fácil de cumplir.

-¡Acaba, acaba pronto, que te escucho temblando!

-¿Por qué, padre mío? Como vos podéis suponer, no he penetrado aquí a viva fuerza: las puertas se me han abierto voluntariamente, y sólo se me ha exigido por precio de vuestro rescate que pase aquí veinticuatro horas en vuestra compañía.

-¿Pero quién, quién te ha impuesto esa condición? ¿Ha sido él? ¿Ha sido ese que llaman el conde de Moscoso? ¡Infeliz de ti! ¡Has caído en el lazo! ¡Has venido a cerrar los ojos de tu padre y a heredar el inagotable tesoro de sus tormentos y privaciones!

-No, no ha sido el conde -repuso el mancebo haciendo un esfuerzo para ocultar la repugnancia que le causaba el disfrazar la verdad: no vengo fiado en el conde, sino en la palabra de un rey, y si no estuviese seguro de su lealtad, de su valor y de su firmeza...

-Basta, basta, hijo mío: hace muchos años que no conservo más que conmigo mismo, y por consiguiente conozco mejor que tú a los hombres; motivos tengo ya para dudar del que se deleita en retardar un instante más mi permanencia en este infierno; pero quiero olvidarlos y quiero creerte. Ven aquí, ven a mis brazos y ayúdame a pasar estas veinticuatro horas, que han de ser para mí mucho más largas que los eternos años que he vivido sepultado.

Rodrigo se acercó, y sentados ambos bajo el pabellón, se estuvieron haciendo recíprocamente preguntas y confianzas, hasta que Rodrigo, deseoso de saber quién era su padre y cuál era el motivo de estar allí encerrado, fue satisfecho por el anciano, que le contó su historia en los términos siguientes:

-Durante mi larga permanencia en este subterráneo ha podido conseguir de mi carcelero algunos haces de paja para mi lecho. Como sabrás muy pronto, hijo mío, tu padre no ha nacido para ejercitarse jamás en ninguna especie de grosero oficio; pero el deseo de proporcionarme algunas comodidades y la necesidad de buscar un entretenimiento en mi profunda soledad, han hecho que me dedicase a la industria de tejer esta paja, con la cual, antes de nada, hice este dosel, tosco remedo de un trono. De la única manera que me fue posible, me apresuré a protestar delante de Dios de la injusticia y desafuero que conmigo se cometía. Porque... sábelo al fin, hijo mío; éste es el palacio de los condes de Moscoso

y Altamira; allí arriba se sentará un hombre bajo un dosel de púrpura y de oro; aquí abajo se sienta otro en un trono de esteras, y, sin embargo, el del trono de esteras es el dueño legítimo, el señor natural de este alcázar; es el verdadero conde de Moscoso y Altamira; y el del trono de púrpura es un tirano, un usurpador, a quien no pertenece nada de lo que tiene. Sí, hijo mío, tu padre es don Bermudo Ordóñez de Moscoso, hijo primogénito del conde don Ordoño, que por desgracia suya ha tenido un hermano en Ataulfo.

Yo no sé por qué mereció éste la predilección de mi padre, a no ser porque al darle la vida perdió la suya nuestra madre; lo cierto es que desde los primeros años le hizo objeto de las más ardientes caricias, dándole una preferencia sobre mí muy marcada. Los menores deseos y hasta los caprichos más injustos de Ataulfo eran satisfechos al instante; los criados rivalizaban unos con otros por darle gusto; de todos se veía obsequiado y servido con respeto, mientras que yo, olvidado de todos, pasaba mi triste vida devorando en silencio las amarguras y sinsabores que me causaba el desvío de mi padre. Ataulfo era el ídolo a quien todos adoraban; nuestro padre mismo cada día le amaba con más locura, y por lo mismo iba en aumento cada día la indiferencia con que me miraba, hasta que últimamente ésta llegó a convertirse en un olvido absoluto, y vivía en el palacio y al lado de nuestro padre como si no fuera hijo suyo, ignorado y desatendido hasta el último de los palafraneros.

Parece que esta conducta incalificable de don Ordoño debía hacer echar hondas raíces en mi corazón a la envidia, que conforme fuese creciendo daría por fruto un odio terrible, que me haría desear para mi hermano todos los males posibles. Mas sucedió todo lo contrario: en la soledad en que forzosamente vivía retraído, deploraba conmigo mismo, y hablando solo con mis pensamientos, la injusticia y la sequedad de mi padre, y si esto me hacía derramar algunas lágrimas, no eran hijas de la envidia, no; eran la tierna expresión del sentimiento que oprimía mi alma al verme privado sin motivo del amor de un padre, a quien veneraba y quería con entrañable cariño.

Yo deploraba también que de este cruel desvío, de este desamor participase al mismo tiempo el corazón de Ataulfo, a quien presentaba ocasiones a cada instante para que entendiese la estimación y amor que le profesaba, y que conociese, en fin, que yo le quería como se debe querer y amar a un hermano.

De aquí vino a resultar que, orgulloso Ataulfo de las preferencias y consideraciones con que era tratado por don Ordoño y por toda la servidumbre del palacio, empezó a mirarme con soberbia y altanería y aun con cierto enojo, como si estuviese despechado al ver que mi vida había de ser en lo sucesivo un obstáculo para contentar su ambición, que era la de verse dueño y señor absoluto de los dilatados dominios de los condes de Moscoso y Altamira. Yo evité siempre con gran cuidado que él notase en mí la compasión y el profundo contento, y hasta la cólera también, que me inspiraba una conducta semejante.

Con esta forzada reserva, y cercado de todos estos disgustos, pasé una gran parte de mi juventud, siempre solo y siempre olvidado, hasta que un suceso, lastimoso por sus consecuencias, vino a poner fin a esta situación tan violenta para abatirme más y ponerme en estado de que llegase a envidiar la miseria y el abandono del último pechero.

Aconteció que con motivo de unas grandes fiestas que se hicieron en celebridad del cumpleaños de nuestro padre, concurrieron al castillo de Altamira los señores más poderosos de toda la comarca, y entre las hermosas y esclarecidas damas a quienes atrajo también la novedad de la fiesta, vino una muy principal, cuya belleza no sé cómo encarecerte; baste decirte que en su presencia ninguna otra dama podía hacer sobresalir sus atractivos; todos quedaban deslucidos y eclipsados por el resplandor de su hermosura.

Fui turbado sobremanera cuando la vi, y apenas pude acercarme a ella para saludarla. Este momento decidió de la suerte de mi vida; las dulces palabras que oí de sus labios me revelaron que era tan hermosa como discreta, y desde entonces hice juramento de amarla hasta morir, y de no descansar hasta hacerle entender a ella esto mismo. No me faltaron medios ni ocasión para lograrlo, y tuve la dicha de que mis sentimientos fuesen acogidos por la dueña y señora de mi vida, que era una señora de alta guisa, con el mismo entrañable y profundo amor en que por ella se abrasaba mi corazón.

Esta mujer fue tu madre, hijo mío, y cuando iba a legitimar tu nacimiento y a reparar su honra por medio del matrimonio, una casualidad me hizo conocer que aquella misma señora era también el ídolo del corazón de mi hermano, a quien yo, ignorante de todo cuanto pasaba, había ofendido. Mi hermano, envidioso de mis derechos como primogénito, me detestaba. ¡Considera tú qué haría mi hermano, celoso al verme dueño de la mujer que adoraba!

## CAPÍTULO V

### *Dudas*

Pon cuidado en lo que te digo, hijo mío -prosiguió el anciano: mi hermano el menor estaba envidioso de mis derechos de primogénito; halagado por mi padre y por nuestros servidores, y sabedor, por último, de los favores que me concedía la dama a quien él con tanta pasión adoraba. Quise entonces reparar mi falta con aquella mujer pidiéndola en matrimonio; pero mi padre, por instigación oculta de mi hermano, se negó a darme permiso, fundado en antiguas enemistades cuyo rencor no se había extinguido, y los padres de mi dama no quisieron hacerme caso, cuando me presenté solo, desautorizado, a demandarla por esposa.

Ni a unos ni a otros era posible revelar su deshonor, y para repararlo yo antes del trance fatal de tu existencia, tuvimos ocasión y forma de desposarnos en secreto, y tu madre de darte a luz, fiándose tan sólo de una buena amiga en cuyo castillo fue a pasar alguna temporada.

Entretanto, mi hermano Ataulfo aparentaba conmigo haber olvidado todo linaje de diferencias y antipatías, y era por él más que nunca obsequiado y favorecido. Juntos íbamos a las lides, juntos a la caza: y mi padre, que, a pesar de su predilección por Ataulfo, no podía mirar con serenos ojos el odio antiguo que mi hermano me profesaba, murió entonces llevando al sepulcro la satisfacción de vernos unidos y dichosos, y aun me aconsejó que estrechase con los vínculos del matrimonio los que él creía tan sólo de amor. Para mi completa tranquilidad en este punto, supe que Ataulfo trataba de casarse

con una señora de gran poderío, cuya mano no se atrevía a solicitar por no creerse bastante rico. La muerte de mi padre, que me hacía dueño de sus mejores posesiones, fue para mí la señal de todas mis desgracias. A los pocos días hicieron una correría los moros de Portugal por esta tierra de Galicia, y se llevaron cautivo a mi hijo, a ti, amado mío, que estabas en una aldea miserable al cuidado de una buena mujer, y que no tenías otra prenda de tu padre que esta cruz de oro con que ahora he podido reconocerte. Haciendo estaba diligencias para tu rescate, tanto por el ansia de volverte a ver, como porque una vez restituido a mis brazos, ya nunca nos habíamos de separar: era tu hallazgo la única condición puesta para la publicación de mi matrimonio, para vivir reunidos por siempre a mi esposa, en mi casa, feliz, tranquilo, rodeado de las personas que más amaba; cuando la noche misma de mi partida a Portugal, al despedirme de mi hermano, a quien dejaba dueño de este castillo, me dijo Ataulfo que era preciso que recorriésemos todo el edificio con el fin de informarse del estado en que se hallaba y apercibirse para el caso de un ataque. No tuve inconveniente en acceder a sus ruegos, y armado como estaba y dispuesto a marchar, le hice entrega de todas las llaves del castillo, le acompañé a todas las torres y, por último, descendí a estos calabozos, de los que nunca he vuelto a salir.

Mientras yo andaba con él recorriendo estas profundas cuevas donde nuestros antepasados solían encerrar los cautivos o criminales, aquel horrible monstruo, que sólo había dado treguas a sus odios y persecuciones para mejor preparar su venganza, pudo escurrírseme sin ser notado, por hallarse sin armadura, y cuando yo me volví para dirigirle la palabra había desaparecido. Creí al pronto que se hubiese detenido en alguno de los ángulos del calabozo, y me contenté con llamarle suavemente y sin inquietud. Viendo que no respondía, pensé que podría haberle dado algún mal, y con tanto más fundamento lo creía, cuanto que pocos momentos antes había notado que su rostro estaba pálido, cadavérico, que temblaban sus labios y su acento. Registré con el mayor cuidado estas bóvedas, y no encontrándole, todavía creía que se había retirado enfermo, huyendo del aire frío y húmedo que aquí se respiraba, sin que nada me hubiese dicho por no entristecerme con sus quejas y lamentos. Acudo a la puerta y la encuentro cerrada: ni aun entonces pude sospechar la horrible traición, el crimen espantoso que se estaba perpetrando a pesar de que los saltos de mi corazón me presagiaban alguna desgracia. Ignoro si fue todo esto efecto de la natural bondad de mi pecho, o si alguna parte tenía el embotamiento de mis sentidos, y la confusión de mi cabeza. Ello es que permanecí delante de la puerta como aturdido, hasta que no pudiendo sostenerme en pie me arrimé a un poste y allí me dormí en medio de las imágenes queridas de mi mujer, de mi hijo y de mi hermano, que flotaban revueltas en mi fantasía, sin que ninguna de ellas me produjera una impresión desagradable.

Quedé luego profundamente dormido, y al despertarme creí que entonces era cuando comenzaba a dormir. Me acosté con armas; estaba sin ellas: ningún objeto había a mi lado más que las arenas del pavimento, y encontré un cántaro de agua, pan y un haz de paja. Me había dormido libre y exento, y me desperté con esta cadena al pie que me sujetaba a la columna. Entonces sólo fue cuando me convencí de que fuerza era permanecer para siempre en estos espantosos lugares. Todo aquello que yo veía y palpaba era necesario para que yo dudase de la sinceridad de la reconciliación de mi hermano, y tantos y tantos años pasados bajo estas sombrías bóvedas para persuadirme de la dureza de su corazón, de su negra perfidia, de su abominable hipocresía. Ahora es cuando estoy

convencido de que Ataulfo se apoderó de ti cuando niño, no los moros de Portugal; que me hizo beber alguna pócima preparada por los médicos judíos para aletargarme y llevar mejor a efecto sus infernales planes, y ahora es cuando tiemblo por ti, si su mano te ha conducido hasta este sitio, del cual quisiera verte lejos a costa de mi vida.

-Pero, decidme, padre mío -le advirtió el mancebo, que hasta la sazón había guardado tan profundo silencio-. ¿Es posible que en tantos años como hace que aquí estáis sepultado no hayáis podido haceros oír con vuestros gritos o abriros paso con vuestras manos en este subterráneo?

-¡Los gritos! Demasiado sabía yo que eran inútiles, tanto por el espesor de estos muros como por lo profundo de la caverna, sobre la cual hay otros muchos aposentos que han estado siempre inhabitados. ¡La huida! Era imposible mientras estuviese amarrado a este pilar y vigilado por mi cruel verdugo, que solía venir de cuando en cuando a verme sin otro objeto.

-¿Y siempre entraba por aquella puerta a traeros alimentos? -preguntó el joven, que ya estaba pensando en los medios de salir de aquel calabozo, desconfiando de los auxilios del rey.

-No: el alimento me lo suministraba arrojándomelo por esa abertura que ves encima de nosotros, la cual se cierra por medio de una compuerta.

-¿Y no hay nada aquí, ni tablas, ni piedras, para llegar hasta ella?

-¿Para qué? ¿No dices que dentro de algunas horas seremos libres? -preguntó el conde con inquietud.

-Sí, sí -repuso el mancebo-; no tengáis duda; estaremos libres; pero no me informaba porque yo pudiese necesitarla, sino por satisfacer mi curiosidad.

-Pues bien; aquí no hay nada más que lo que ves, y aunque hubiese piedras para formar un pilar y trepar por él, o tablas para un andamio, tú no quieres acordarte, hijo mío, de la cadena que sujetaba mis pies.

-¡Ah! Tenéis razón -exclamó Rodrigo, dejando caer la cabeza sobre el pecho con desconsuelo.

-Cuéntame ahora tú -repuso el anciano-, cuéntame qué ha sido de tu madre. ¿Vive todavía? ¿Dónde te has criado tú? ¿Qué vida ha sido la tuya? ¡Si parece que fue ayer cuando te perdí! Háblame de tu madre, hijo mío.

-Yo, señor, he vivido hasta hace tres años en una aldea no lejos de estos lugares: ignorante de mi nacimiento y adiestrado en el manejo de las armas, sin ver jamás a mis padres y considerado como un pobre; mi madre, privada de su esposo y de su hijo..., mi madre, como debéis suponer, después de tantas desgracias...

-¡Qué, prosigue!

-¡Mi madre ha muerto!

-¡Gran Dios! ¡Ha muerto! ¡La pobre Elvira! ¡Elvira mía! -exclamó el anciano retorciéndose las manos con dolor.

-¿Quién decís? ¡Elvira, mi madre se llamaba Elvira! ¡Cómo ella! ¡Cómo Elvira de Monforte!

-¿Qué estás diciendo tú? -exclamó turbado el prisionero-. Elvira de Monforte, ése era el nombre de tu madre.

-¡No, no callad! ¿Qué decís? ¡Mi madre Elvira de Monforte! No, mi madre ha muerto, y Elvira...

-Prosigue, hijo mío; ¿Elvira vive?

¡Sí! Elvira vive.

-¡Ah! Vive tu madre.

-Pero valdría más que hubiese muerto.

-¿Por qué?

-Porque a mí me ha privado de un padre como vos... y a vos...

-¡Hijo mío!

-No, no soy vuestro hijo: mi madre ha muerto, y ha muerto en mis brazos, y esa doña Elvira, esa vuestra fiel esposa...

-Qué?

-Esa es la esposa de vuestro hermano.

¡Oh, mientes! -gritó el conde de Moscoso con la ronca voz de la desesperación-. ¡Mientes! Sí, tú no eres mi hijo; eres un vil emisario de Ataulfo que quieres acabar lo poco que me resta de vida a fuerzas de golpes y de encontradas conmociones. Huye de aquí; Elvira ha muerto, tienes razón; pero Elvira no puede ser de otro hombre, y menos del verdugo de aquel a quien tanto amaba. ¡Oh! ¿No es verdad -continuó luego llorando-, no es cierto que ya no existe Elvira? Dímelo, hijo mío, dímelo para mi consuelo... Perdóname..., no sé lo que he podido decirte; pero es imposible, imposible, que mi hermano haya llevado tan lejos su feroz venganza.

-Señor, yo no sé lo que me pasa... estoy confuso, atónito. Por un lado he visto a mi madre morir; por otro, mi corazón me dice que me encuentro en la presencia de mi padre...

-¡Ah! ¡Lo mismo que el mío! -repuso el anciano todavía con lágrimas en los ojos-, y créeme, Rodrigo: los labios pueden disfrazar la verdad, el corazón jamás puede mentir. Mira, vamos despacio: de tus palabras está pendiente mi vida y acaso también la tuya. Es preciso que las medites bien antes de pronunciarlas, que yo las meditaré igualmente después que las digas. ¿Quieres responder a todas mis preguntas?

-A todas.

-Pues bien, comencemos: ¿Cuántas veces has visto a tu madre?

-Una.

-¿Cuándo?

-A la hora de su muerte.

Quedóse el anciano suspenso un breve rato y luego añadió:

-Tu madre estaba casada conmigo delante de Dios y de su iglesia. Aun cuando me creyese muerto, tu madre era viuda, y viuda de un conde tan noble como un rey. ¿Por qué no te tenía en su casa? ¿Hay cosa como un hijo para consuelo de la viudez? Difícil se me hace creer que aquella fuese tu madre. ¿Dónde la has visto?

-En su castillo.

-¿En qué castillo?

-Lo ignoro; porque una vieja que me criaba, y a quien yo tenía por madre, me dijo un día que no lo era, y que iba a verla por primera vez; que era una verdadera madre, una gran señora, a cuyo honor importaba que nuestra entrevista fuese muy en secreto.

-Basta -repuso el anciano-; cierto es que tu madre es una gran señora; cierto que moraba en un castillo; pero siendo viuda, ¿cómo podía importar a su honor que nuestra entrevista fuese muy en secreto?

-No se trataba quizá de su honor, sino de mi vida; ya sabéis que el principal motivo de la envidia de Ataulfo era vuestros derechos como primogénito; el principal objeto de sus persecuciones, apoderarse de vuestros bienes. Importaba, pues, a mi madre que Ataulfo ignorase mi existencia, para que no persiguiese en mí al único heredero legítimo de mi padre.

-Eso no -dijo el anciano-. ¿No hay reyes en Galicia? ¿No hay quién haga justicia en la tierra? El dueño de una propiedad, ¿tiene que esconderse ante el malvado que se la usurpa? ¿Las madres, tienen que dejar a hijos ilustres y poderosos reducidos a la condición de pobres y villanos por miedo de que pierdan la vida al querer recobrar sus propiedades y su nobleza? Entonces, hijo mío, mejor he vivido yo en este calabozo que tú en el mundo. ¡Oh! Eso no puede ser: vamos por partes, no hagas más que responder a mis preguntas, y tal vez encontremos la verdad. ¿Qué castillo era aquel donde tu madre moraba?

-No lo sé.

-¿Qué señas tiene? ¿Cuántas torres? ¿Qué forma de almenas? ¿Qué puentes? ¿Qué fosos?

-Nada de esto puedo deciros. Me llevaron a él una noche muy negra, dando mil rodeos, y hasta que estuve delante de una escalera de caracol no conocí que habíamos llegado al término de nuestro viaje.

-¿Subiste mucha cuesta para llegar al castillo?

-Sí, señor.

-¿La puerta secreta que conducía a la escalera de caracol estaba a piso llano?

-No, señor. Tuvimos que trepar por una escala de mano.

-Es claro -dijo el anciano-. ¿Quién deja al enemigo tan fácil entrada? ¿Te acuerdas qué altura tendría esa escala?

-Unas tres varas.

-¿En seguida estaba la puerta, que sería pequeña y angosta?

-Sí señor; me acuerdo de que al entrar tuve que bajar la cabeza.

-¿Qué llevabas en ella?

-Iba vestido de villano: como era de noche, y estaba amenazando a llover, me eché encima la caperuza del sayo.

-La cual no aumentaría dos dedos de tu estatura. Pues mira, hijo mío: el castillo de Elvira de Monforte tiene esas subidas falsas como todos, pero yo, que antes que mi cuerpo estuviese doblado por el peso del infortunio era tan alto y gallardo como tú, yo entraba muchas noches en el castillo de mi esposa por esa puerta falsa, y apenas tenía que bajarme un poco cuando llevaba casco y cimera. Ese castillo, por consiguiente, no era el de tu madre. ¿Recuerdas cuántos escalones subiste?

-No, señor; iba yo tan aturdido, tan preocupado con la idea de ver a mi madre...

-¿En dónde entraste después?

-En una cámara aderezada con mucha magnificencia.

-¿Inmediatamente después?

-Sí, señor.

-¿Qué adornos tenía la estancia?

-Una cama con pabellones azules.

-¿Azules?

-Sí, señor.

-Azules eran las cortinas que cubrían el lecho de mis padres; estaba situado en un rincón del aposento mejor adornado del alcázar.

-¡Como aquél! -exclamó el mancebo de repente.



-Aquella cámara tenía una puerta secreta que comunicaba con la escalera de caracol, y el lecho, bien me acuerdo, estaba en el ángulo de frente de la puerta a mano derecha.

-Lo mismo que aquél.

-¡Gran Dios! Todas las señas coinciden... ¿Qué misterio es éste? Llamarte una mujer que dice ser madre tuya, que muere en tus brazos y que mora en este castillo... ¡Yo no puedo adivinar!... Pero no interrumpamos el hilo de nuestras investigaciones. ¿A quién viste en el lecho?

-A mi madre.

-Es decir, a una mujer -repuso el anciano-; no nos confundamos. ¿Qué señas tenía esa mujer?

-Era hermosa.

-Bueno.

-De miradas tiernas.

-Como ella.

-Cabellos muy negros y lustrosos.

-¡Eso no! -dijo vivamente el prisionero-: Tu madre, Elvira de Monforte, tiene cabellos casi rubios. Es francesa de origen.

-¡Oh!, demasiado sabía yo que no era ella; porque aquélla expiró cuando yo tenía una de sus manos en la mía. Pero lo que más me pasma es que aquélla me dijo que a todo trance debía buscar a mi padre que estaba sepultado vivo en uno de los castillos de Galicia, y aquélla me dio esa cruz de oro con la cual sería reconocido por él. Esa cruz os ha hecho llamarme hijo, de modo que mayor es cada vez la confusión. ¿Si habrá todavía algún otro prisionero que pueda reconocer esa mísera prenda y llamarme hijo suyo?

-No, Rodrigo, no -respondió el anciano-; cada vez me afirmo en mi pensamiento; aquella mujer no era tu madre, y estoy por asegurar que nunca lo había sido. Una madre no hace jamás esas revelaciones a medias, confusas, vagas, incompletas; y sobre todo, Rodrigo, una madre no aguarda a la hora de su muerte para hacerlas. ¿Qué madre es esa que sabe que su esposo gime encerrado tantos años en un calabozo, qué madre es esa que no ve a su hijo en quince o dieciséis años, que le permite una vida humilde, innoble, plebeya y que le calla sobre todo su nombre y el nombre del que le ha dado el ser?

-¡Oh!, tenéis razón, tenéis razón, señor, aquélla no era mi madre. Pero, ¿por qué usurpó este sagrado título?

-¿Recuerdas tú bien que te haya llamado hijo?

-Creo que sí.

-¿Lo crees? Es decir, que tienes alguna duda, que no estás enteramente seguro. Piénsalo bien, Rodrigo; la anciana que te ha criado te diría que ibas a ver a tu madre, y tal vez ella lo creería así; tú que te hallabas con esta gran novedad; tú, que henchido el corazón de sentimientos generosos, estabas lisonjeado con la idea de pertenecer a una familia noble, no podrías suponer un solo instante que aquella mujer que te llamaba tan misteriosamente, pudiese ser otra que tu madre. Luego, la importancia de sus revelaciones, la sorpresa de aquel espectáculo, hasta el aparato ostentoso de la cámara, te embargaría los sentidos, te robaría la atención...

-¡Oh!, señor y padre mío, parece que estáis leyendo en mi corazón; ahora que os escucho no puedo afirmar que aquella señora me llamase hijo suyo a pesar de que yo la di mil veces el nombre de madre. Bien, es verdad que pasaron tan pocos minutos desde que la conocí hasta su muerte.

-¿Tu presencia la conmovió mucho? -preguntó el anciano.

-La conmovió de tal manera, que yo he tenido desde entonces el sentimiento profundo de haber acelerado el fin de sus días.

-Hijo mío, esa mujer, lejos de ser tu madre, era cómplice de los verdugos de tu familia: la conmoción que sentía no era causada por la ternura, sino por los remordimientos. El castillo a donde tú viniste es este mismo castillo; la cámara es la misma donde yo nací, es el tálamo de mis padres: esa mujer, de consiguiente, era esposa de Ataulfo, porque Ataulfo, a pesar de sus horrendos crímenes, no se hubiera atrevido a profanar el lecho de sus padres con el cuerpo de una mujer extraña; esa mujer debía haber traslucido el crimen de su marido, y no quiso descender al sepulcro con la carga de su pecado; lo vago de su declaración da a conocer la lucha que en su pecho sostenían el deber de revelártelo todo con la repugnancia de delatar a su esposo. Ataulfo, con el deseo de apoderarse de nuestra hacienda, ¿quién sabe si para casarse?, te arrebató a ti, primeramente, que eras mi único y legítimo heredero: y después me hizo desaparecer también a mí de entre las gentes: llevabas esa cruz de oro que yo había colgado en tu tierno pecho, y para que ningún vestigio quedase de tu origen se la guardó: esa mujer debió conocer su importancia, quizás estaría en el secreto de todo y te la ha devuelto... ¡Ah!, quien quiera que sea, yo la perdono de todo mi corazón, cualesquiera que hayan sido sus pecados, yo le absuelvo de ellos porque me ha hecho reconocerte; pero si es cierto, como tú dices, que tu madre, Elvira de Monforte, si es cierto que aquella mujer que yo adoraba como a un dios y quería como a una hija, si es cierto que mi esposa es la esposa o la amiga de mi hermano Ataulfo -exclamó el anciano levantando la voz con tono solemne-, si es cierto, yo la mal...

-¡Calla! ¡calla! ¡Por Dios! No sea una maldición la primera palabra que vuelvo a escuchar de tus labios- dijo Elvira de Monforte, viniendo a caer pálida y desencajada a los pies del anciano.

## CAPÍTULO VI

*De cómo a los ojos de Ataulfo tornóse rojiza el agua verde del foso*

Salgamos nosotros del subterráneo.

Después de dejar Ataulfo encerrado al Hijo de su hermano, es decir, al hijo del legítimo dueño y señor de todo cuanto poseía, incluso la mujer a quien llamaba esposa, se detuvo un rato en aquellos tenebrosos ánditos antes de llegar a los aposentos donde confusos y arremolinados le aguardaban sus guerreros.

Esta detención era indispensable. Hallábase en una de aquellas horas supremas en las cuales es preciso tomar una resolución que decide de la suerte de toda la vida.

Dejaba ya perfectamente aseguradas a las dos únicas personas que podían disputarle su título, su mujer y sus riquezas; y así como el anciano había permanecido oculto tantos años sin que nadie sospechara su existencia, así podía permanecer el mancebo, causa de sus recientes apuros y conflictos. Pero, ¿qué había de responder al monarca de León, que venía con ánimo de asaltar el castillo a viva fuerza, si es que de grado no se le rendía? ¿Qué cuenta había de darle del caballero con quien había mandado su mensaje?

No tenía más remedio que resistir al asedio valerosamente, y como estaba para este trance apercibido, la resistencia podía ser larga, y en este tiempo los moros distraerían quizá la atención de los sitiadores con alguna correría; o, lo que era más temible, los cristianos habrían de revelársele; y, por último, lisonjeábase Ataulfo de que si no vencedor, podía al menos salir honrado en una capitulación.

Por magníficos y bien dispuestos que fuesen estos planes de resistencia, un solo pergamino los echaba todos abajo. Media hora antes contaba de seguro con el valor y la decisión de todos cuantos se albergaban en el castillo; en aquel momento no se atrevía a contar con nadie: la diferencia estaba en una excomunión demás que tenía sobre su alma.

-Era preciso, como vulgarmente se dice, *hacer de la necesidad virtud*; mostrarse con el monarca tan adicto y generoso, como resignado y humilde con el Pontífice.

Pero, ¿qué había de decir al primero cuando le preguntase por el Caballero sin nombre? ¿Cómo había de justificar su desaparición? Detúvose algún rato buscando una solución medianamente satisfactoria a tan difíciles cuestiones, cuando de repente se le ocurrió una idea tan infernal como todas las suyas, pero de un éxito seguro.

Sabía muy bien que su mujer tenía la dicha de haber inspirado a don Alfonso uno de esos reales caprichos que en el carácter del monarca no era temible que llegasen a ser verdaderos; sabía también que el desconocido mancebo había visto a la condesa antes de aquel día; nada tan fácil, por consiguiente, como el que de ella se hubiese prendado; nada tan fácil como el que su esposa aborreciese a un marido de la estofa del conde, y nada tan fácil, nada tan natural por último como el que un amante, mozo, valiente y apasionado intentase sacar del odioso cautiverio de su marido a la dama de sus pensamientos, y que ésta no se haga mucho de rogar para romper sus prisiones. Supondrá, pues, que los pájaros han echado a volar fuera del nido, y que para que nadie pueda desmentirlo, ni turbarles en su venturoso retiro, el conde de Moscoso pensaba poner a entrambos a muy buen recaudo.

Este proyecto tenía de bueno que la mitad de él ya estaba ejecutado. Vamos a ver cómo se compuso para llevar a cabo la otra mitad.

Salió resuelto y animoso de aquellos lugares profundos y sombríos; se apareció en medio de su gente, que ya lo estaba esperando sobradamente inquieta y murmuradora de su tardanza.

Cabizbajo y con rostro compungido les manifestó, en medio de un general asombro, la necesidad en que estaba de apartarse de su querida esposa doña Elvira de Monforte, y salir de aquel estado de pecado mortal en que él, ignorante de las leyes de la iglesia vivía; y añadió que siendo ya reconocido don Alfonso por rey y sucesor de su hermano don García en todo Galicia, la resistencia era inútil, y la sumisión por todo derecho debida y ordenada.

Sin detenerse a saber el efecto que causaba un lenguaje tan extraño en su boca, descendió enseguida a las puertas del castillo, mandó echar el puente levadizo, y que desde aquel punto estuviesen para todos francas la entrada y salida, sin que nadie se preocupase de los que subían o bajaban, ora llevasen la faz descubierta, ora la visera del yelmo calada.

Se enderezó hacia donde los acompañantes del mensajero real, temerosos y sobresaltados se hallaban, mas dispuestos a enristrar lanzas que a escuchar razones, y pensando menos que medianamente de la demora de su compañero.

Ataulfo, a pesar de la mala disposición de su ánimo, los tranquilizó diciéndoles de buenas a primeras que fuesen a notificar a su rey que tanto él, el conde de Moscoso y Altamira, como todos los caballeros que en el castillo se albergaban, y la gente, que lo guarnecían, le reconocían por rey y señor natural y dueño absoluto de sus vidas y haciendas, rindiéndole desde aquel momento pleito homenaje, y obligándose a mandarle parias en señal de feudo y vasallaje; en fe de todo lo cual, con mucho encarecimiento le rogaba viniese a tomar posesión de su castillo, con toda cuanta gente de armas quisiese, si es que juzgaba digna de honra tan singular aquella pobre morada.

Y antes que los caballeros tuviesen tiempo de preguntar por el del mensaje, salió Ataulfo al encuentro de su pensamiento, añadiendo a sus astutas y disimuladas razones que dijese al monarca que el Caballero llamado *sin nombre* se había quedado haciendo reverencia y cortesía a la condesa doña Elvira, a quien había conocido algunos años antes en su villa de Monforte, y a quien se mostró entonces muy aficionado; y que él, por su parte, no pudiendo considerarla como su legítima esposa después del despacho del Padre Santo de Roma, sino como persona libre y dueña de su mano, intercedía con el Rey para que viniese a premiar la fe y la constancia de aquel mozo galán y enamorado.

Como supondrán nuestros lectores, tenían estas palabras la doble y pía intención de deslumbrar a los acompañantes acerca de la permanencia de Rodrigo en el alcázar, y de preparar el ánimo del rey para la desaparición de los supuestos amantes, y amohinarle quizá con ciertos celillos, de manera que tal vez fuese esto parte para que el rey se contentase con la sumisión de Ataulfo sin entrar al castillo a ser testigo de unos amoríos que por poco que le incomodasen habían de darle cierta envidia.

Con tales nuevas volvieron riendas caballeros y escuderos, sin que los muchos ofrecimientos y agasajos del conde para que entrasen en el castillo fuesen poderosos a detenerlos; pues antes bien, querían que los caballos tuviesen alas en vez de pesados arcos de acero y de malla, para llegar antes con antes a la tienda del monarca y ganar las albricias de su buen despacho.

Hechas tan a su sabor todas estas diligencias, determinó poner en obra su diabólico pensamiento.

Pasó a la cámara donde Elvira estaba encerrada. Era este aposento seguro y apartado; pero no tanto como el conde había menester para su sosiego.

-¡Hola! -dijo Ataulfo al ver que su esposa tenía en las manos un viejo pergamino-. ¿Estáis leyendo todavía los disparates de aquella bruja condenada, que está danzando con el diablo hace tres años?

-Estoy leyendo -respondió Elvira-, las revelaciones que hizo vuestra primera mujer a la hora de su muerte, y que por desgracia han venido tan tarde a mis manos.

-Maldita mujer, que con sus impertinentes remordimientos me ha puesto a dos dedos de mi perdición. Pero aún estamos a tiempo. El rey de León y de Castilla llegará muy pronto a nuestra presencia; trae un breve de Su Santidad por el cual se disuelve y anula nuestro matrimonio.

Aquí prorrumpió el conde en una espantosa carcajada.

-Nuestro matrimonio -prosiguió-. Trabajo inútil, como vos sabéis, porque viviendo, como vive aún, vuestro primer esposo, nuestro matrimonio ha sido una farsa muy divertida que me ha proporcionado el vivir algunos años con aquella mujer que tanto quise en mi mocedad y vengarme del hombre que me robó su corazón enamorado.

-Abreviad vuestras razones, que me son insoportables, caballero -repuso Elvira con dignidad y desprecio.

-Para nadie como para mí son tan preciosos estos momentos -replicó el conde-. Abreviemos, pues. El rey viene dispuesto a desposarse con vos. Abajo, en los subterráneos, os aguarda vuestro primero y legítimo esposo; si queréis quedaros aquí y me entregáis ese pergamino, y me dais vuestra palabra de honor de guardar perpetuo silencio acerca de todo cuanto sabéis, reina seréis de Castilla, y una vez sentada en el trono a nadie tendrá más cuenta que a vos el secreto. Si queréis bajar a la prisión, haréis eterna compañía a vuestro esposo y a vuestro hijo.

-¡Mi hijo! ¿Mi hijo está también en esa horrible caverna? Vamos, señor, vamos allá; no tardemos ni un instante más.

-Mirad, señora, repuso el conde, que yo confío en vuestra palabra; mirad que el sacrificio que vais a hacer es inmenso.

-Mayor debía ser para que fuese digna de alcanzar el perdón de mi marido.

-En ese caso, bajad; despedíos de la luz del sol, del aire, del cielo y de los campos.

La condesa no dirigió a ninguno de estos inapreciables tesoros una sola mirada, porque sus ojos estaban fijos en los pasos de Ataulfo, en pos del cual descendió al subterráneo.

No llevaba el conde esta vez el mismo camino que antes, cuando bajó con el mensajero del monarca; sino que, tocando ciertos resortes, iba moviendo peñas enormes que cerraban el paso de una escalera secreta, hasta que sin hacer ruido alguno dejó a su mujer encerrada en el ángulo más oscuro de la cueva y más apartado del pilar a donde el anciano Ramiro estaba amarrado.

Desde allí pudo escuchar la condesa la conversación de su esposo y de su hijo; desde allí vino a interrumpir aquella horrible maldición que estaba estallando sobre su cabeza.

La venganza de Ataulfo no estaba satisfecha con tantos crímenes, y para quedar impune de todos ellos le era forzoso añadir algunos más al largo catálogo que con tanta diligencia le estaba formando el diablo para reclamar su presa el día de su muerte.

Hasta entonces había tenido cierta repugnancia a derramar la sangre de su hermano y de sus próximos deudos, repugnancia que no sabemos si estaba fundada en alguna superstición o en algún resto de la primitiva pureza de su ánimo, ahora encenagado en el crimen.

Los peligros que le amenazaban los atribuyó en su ceguera a su falta de valor para haber hecho perecer al hijo de su hermano cuando de niño lo tuvo en su poder, y ahora, fuese cálculo para no ser descubierto, fuese despecho por el conflicto y miserable trance en que se veía reducido, trató de acabar a un tiempo y de una manera pronta y segura con los tres prisioneros.

Quizá se acordarán nuestros lectores de un arroyuelo que atravesaba de parte a parte el subterráneo y que iba a desaguar a la falda de la colina sobre la cual estaba sentado el castillo: cerrando este angosto conducto, claro es que las aguas habían de detenerse en aquel recinto profundo, el cual lentamente debía anegarse hasta las bóvedas; pero si después de cerrada la salida se abría una compuerta del foso que daba paso a las aguas de él cuando se quería dejarle en seco para limpiarle, la inundación sería rápida, de pocos minutos, y todas cuantas personas hubiese dentro de aquella cueva sin salida, todas, debían perecer irremisiblemente ahogadas.

Mandó el conde a sus criados de confianza hacer entrambas operaciones, con el pretexto de llenar de agua los depósitos interiores, por si el monarca de León quería llevar adelante el asedio y era preciso resistirle por largo tiempo, para cuyo caso bueno era vivir seguros de que no había de faltar el agua a los sitiados aunque cortasen la de fuera.

Con mucho silencio y precaución llevó los operarios a cerrar sólidamente el conducto por donde el foso se desagaba. Tardaron bastante en esta operación; pero al fin se hizo; se obstruyó aquel conducto por donde salían las aguas y se abrió en seguida la compuerta que impedía su entrada.

La cueva, por consiguiente, debía quedar poco después convertida en un profundo lago.

Imposible es el describir las angustias, los sudores mortales, las amarguras, los tormentos que agitaban, oprimían, devoraban y desgarraban el corazón de Ataulfo, que, de pie delante de las almenas del primer cuerpo de la fortaleza que daba sobre el foso, estaba con los ojos fijos contemplando inmóvil la lenta desaparición de las aguas.

Las aguas, por fin, permanecieron tan inmóviles como el hombre que las estaba mirando. Pasaron algunos minutos, y ni una sola línea habían bajado de su nivel.

El conde conoció entonces que ya no cabía una sola gota más en el subterráneo, y que todos sus rincones, todos sus intersticios, todo se había llenado.

Se le ocurrió entonces una idea que le horrorizó, haciéndole sufrir tormentos desconocidos, tormentos que no podía imaginar siquiera algunas horas antes.

Le pareció que los tres cadáveres de su hermano, de su esposa y del hijo de éstos podían salir flotando por el conducto por donde penetraban las aguas, y que a la llegada del rey aparecerían en el foso, mudos, pero terribles acusadores de su crimen.

Entonces el agua verdosa del foso tomó a sus ojos el color de sangre; cada rumor que percibía se le figuraba el estruendo que debía producir la salida de sus tres víctimas, y cada nube oscura que pasaba retratándose en aquel sangriento espejo se le antojaba el bulto de un cadáver lívido, sombrío... Hizo una señal con la mano para que sus criados bajasen la compuerta y tapasen la salida de aquellas olas, y la compuerta descendió.

Si hubiese sido menester dar una sola voz para este mandato, tan sólo habría podido lanzar un aullido que hubiera revelado el estado angustioso de su pecho: si hubiese sido preciso mandar con una mirada, ¡ay!, ¡quién habría dejado de conocer por ella las agonías de su alma!

Afortunadamente para él, la visera de su casco tenía siempre unos mismos perfiles, y se conservaban inalterables lo mismo cuando el rostro del caballero expresaba el dolor como cuando se inundaba de júbilo: lo mismo cuando su corazón estaba sereno, como cuando le conturbaba como ahora una tempestad profunda.

Cuando cayó la compuerta, Ataulfo se sonrió ferozmente.

Su crimen no podía ser ya delatado.

Tranquilizado algún tanto con esta idea, cobró ánimo para separarse de la muralla, y no bien hubo dado algunos pasos cuando sintió ruido de trompetería y estrépito de caballos y armaduras hacia el campo de Oriente.

Era el rey Alfonso que se acercaba a tomar posesión del castillo, y quizá también a vengar al *Caballero sin nombre*.

## CAPÍTULO VII

### *La tabla de salvación*

El asombro y la conmoción del anciano Ramiro cuando vio súbitamente a sus pies a la mujer querida, a la mujer infiel a la memoria de su esposo, a la madre de su hijo, hubieran hecho desfallecer un corazón menos acostumbrado que el suyo a más profundas impresiones, a una fantasía menos familiarizada con las más espantosas imágenes.

No pudo, sin embargo, excusarse de pagar un tributo a lo maravilloso de aquella aparición, a la pureza y ternura de sus recuerdos de ayer. De *ayer*, sí; que nunca con más propiedad puede aplicarse a lo pasado de esta palabra que cuando después de quince años de soledad profunda, de tinieblas, de perpetuo silencio, como salida de las entrañas de la tierra brotaba aquella mujer hermosa en cuyo semblante solía ver el conde Ramiro el cielo, el deleite de sus ojos, el regalo de su oído.

Cortos instantes fueron éstos en que su corazón batía las alas con placer, como un pajarillo al arribo de su madre: cortos instantes en que de las cuencas de sus ojos resbalaron algunas lágrimas de ternura; cortos, porque una sombra pasó súbitamente por su rostro, y ya no vio delante de sí más que a la mujer culpable, a la mujer de su hermano, y frunciendo las cejas y lanzando una mirada despreciativa la dijo con seco y apresurado acento:

-¡Apártate de mí!

-Mátame -exclamó la desventurada Elvira-; mátame, pero no me maldigas.

-¡Matarte!... ¿Para qué, si has muerto ya para mi corazón? -repuso el anciano con amargo desdén.

-Pero tu maldición... Ramiro suspende la maldición que ibas a pronunciar contra la infeliz Elvira.

-Bien está: mi maldición nada puede añadir a la que el cielo ha fulminado, y los remordimientos deben darte una muerte más cruel que la que recibirías por mi mano.

-¡Perdón! -se atrevió a decir la condesa-, ¡perdón!

-Eso jamás.

Elvira de Monforte alzó entonces la frente abatida que parecía doblada para siempre al peso de tanto rigor. Tenía en aquel recinto otra persona en quien fijar sus miradas: un gallardo mancebo cuyo pecho anhelante, cuyos ojos arrasados de lágrimas estaban revelando la ternura y generosidad de su corazón: un hijo que nunca había abrazado a su madre y que con una angustia indecible contemplaba aquel cuadro tan extraño, tan inesperado, y sobre todo tan patético.

-¡Hijo mío!, ¡hijo de mis entrañas! ¿Y tú serás tan severo como tu padre?...

Irresistible es el acento con que una mujer pronuncia estas palabras *¡hijo mío!* No hay corazón tan empedernido que no se ablande al escucharlas; pero cuando se escuchan por primera vez de los labios de una madre, ¿quién es capaz de permanecer indiferente?



-Nunca, madre mía, nunca seréis culpable para mí -exclamó Rodrigo con la voz sofocada por los sollozos, abriendo los brazos y estrechando en ellos al único ser que había despertado en su corazón vagos, indefinidos contradictorios sentimientos que ahora comprendía.

Sintióse más fuerte la condesa con aquel triunfo; animosa con el amor de su hijo, creyó que podía insistir en implorar el perdón de su marido, y sin desprenderse de los brazos del mancebo, tornóse a postrar delante del anciano, que hacía visibles esfuerzos por disimular la profunda impresión que le causaba aquel tierno espectáculo.

-Perdón, Ramiro, perdóname: soy más extraviada que culpable.

-¿Y qué títulos tienes tú para alcanzar mi perdón? -preguntó el anciano.

-Soy madre.

-Madre que por primera vez acaba de abrazar a su hijo mozo.

-Vengo a morir con él.

-¡A morir! -exclamó el cautivo con terror-, no; ni a morir vienes, ni a salvarnos; porque... vamos a salir muy pronto del calabozo. ¿No es verdad, hijo mío? Porque... vamos a vernos en salvo por un monarca.

Y el anciano, que ya empezaba a recelarse del piadoso engaño de su hijo, miraba a éste como si en sus ojos quisiese encontrar una respuesta que desvaneciese sus sospechas.

Los ojos de Rodrigo, tristemente clavados en el suelo, le descubrieron la verdad.

-¡Ah! -exclamó el anciano-, ¡con que tú también...! Pues bien, señora -añadió después de un momento de silencio doloroso-: para morir bastamos nosotros. Los verdugos nunca mueren a la par de sus víctimas; mueren más tarde para que los espectros los acompañen en aquel trance.

El joven caballero apenas podía concebir tanta dureza en el corazón humano, y suplicó a su padre que al menos oyese la historia y las disculpas de doña Elvira antes de condenarla.

-No quiero alegar disculpas -dijo ésta-, sólo quiero que me escuchéis para poder salvaros.

El anciano seguía callado, y la condesa interpretando este silencio por una aquiescencia, o más bien tratando de aprovechar aquellos momentos preciosos para hacer importantes revelaciones, prosiguió con semejantes razones:

-Hace muy pocos días que apercibiéndose Ataulfo para la defensa de esta fortaleza hizo en ella algunas obras enderezadas a su mayor seguridad. Echó abajo algunos muros, levantó otros y en cierto agujero de uno de ellos se encontró este pergamino escrito por una mano trémula y en caracteres casi inteligibles. Como en el castillo nadie apenas sabe leer, excepto el capellán, y ése tan sólo en su breviario, que tiene la letra muy clara, anduvo rodando el escrito por la casa hasta que yo puse en él los ojos, y, picada de

curiosidad, o movida más bien por sobrehumano impulso, tomé en mis manos el pergamino y comencé a descifrarle, aunque con mucha dificultad.

A las pocas palabras que pude coger al vuelo conocí la importancia de aquel escrito; pero hasta hoy no he podido comprender enteramente su sentido. Es una declaración que pocos días antes de su muerte hizo Constanza, la mujer de Ataulfo.

-¡Estaba casado!... bien te lo decía yo -exclamó el anciano dirigiéndose a Rodrigo.

-¿Esa Constanza murió hace tres años? -preguntó éste.

-Justamente.

-¿Antes de conoceros yo en Monforte?

-Sí, antes de haber sido yo bastante débil para olvidar a tu padre, a quien creía muerto.

-¿Te has casado con Ataulfo? -preguntó el anciano.

-Sí.

-¿Cuánto tiempo hace?

-Un año.

-Y hasta entonces...

-Hasta entonces he sido constante, fiel a tu memoria.

-¡Oh!, tienes razón, Elvira -dijo el conde-: eres más desgraciada que culpable.

Y como si se arrepintiese de la debilidad de sus palabras, añadió secamente:

-El pergamino.

No podrás leerlo.

El conde hizo un gesto desdeñoso y tomando el manuscrito contestó:

-En quince años de encierro se adquiere alguna perspicacia para ver las cosas, y se aprende mucho que se ignoraba antes.

Y echando la vista por el pergamino, comenzó a leer en seguida:

«CONFESIÓN DE CONSTANZA»

»Abandonada en el lecho de muerte, y privada de los auxilios espirituales de mi capellán, a quien mi marido ha mandado fuera del castillo, quiero hacer delante de Dios confesión de mis pecados, y decir en este papel lo que al sacerdote hubiera dicho:

»Al paso que libro mi alma de una horrible carga, mis palabras quizá serán recogidas por personas que reparen la mayor de las injusticias de que he sido cómplice.

»Me casé con Ataulfo sin amarle, y él, sin amor, me dio su mano: le rehusé cuando pobre, y lo admitía cuando de resultas de la muerte de su hermano Ramiro, acaecida en tierras de moros al ir a buscar a un hijo que se llevaron cautivo; mi pretendiente se hizo llamar conde y fue inmensamente rico y poderoso. Él tampoco me quiso a mí sino por mi poder y mis riquezas.

»Habiendo llegado a sospechar del sombrío rostro de Ataulfo, de su afectado retraimiento, de la soledad en que a veces se sepultaba, y hasta de los víveres que hacinaba so pretexto de estar apercebido para un asedio, y en un paraje donde nadie podía penetrar, me propuse espiar sus menores acciones, a lo que ayudaba también el deseo de disipar el fastidio que en este alcázar me consumía.

»Una noche le seguí: creyendo a todos dormidos, había tomado muy pocas precauciones; descendía con algunos panes en la mano por una escalera secreta, abriendo puertas sin cesar y bajando mucho más hondamente de lo que yo calculaba que estuviese la entrada del castillo. Llegó a un aposento abovedado; levantó una compuerta de hierro que estaba en el suelo, y por una ventana que descubrió tiró los panes.

»Al ruido hubo de despertarse una persona que estaba debajo de aquel pavimento, porque al ir a bajar la compuerta resonó una voz cavernosa.

»-No me des pan -decía el que moraba en el hondo-, dame alguna noticia de mi mujer y de mi hijo.

»-Nada sé -respondió Ataulfo secamente.

»-Dime tan sólo si viven.

»-¿Qué te importa?

»-Te perdonaré, te volveré a llamar hermano mío -gritaba el de abajo.

»Entonces Ataulfo cerró súbitamente la trampa, como temeroso de ceder a los ruegos de aquella voz que tenía un eco de la suya; pero como si aquella plancha de hierro interpuesta entre los dos hermanos le hubiera restituido todo su valor y toda su crueldad, aplicando los labios a la cerradura, añadió:

»-La amaba y me robaste su corazón: la amo y nunca será tarde para que sea mía.

Ignoro si el prisionero percibió estas palabras; pero, aunque así no fuese, las palabras no fueron perdidas, y errando el blanco, vinieron a clavarse en mi corazón.

»No tuve valor, sin embargo, para vengarme noblemente: la afrenta que sobre nosotros iba a caer, la venganza inevitable de aquella víctima que debía salir del calabozo con el corazón lleno de ponzoña y, sobre todo, lo confieso con rubor, la pérdida consiguiente de la mayor parte de mis riquezas, me impidieron denunciar el crimen. No pude tampoco disimular el descubrimiento a los ojos del conde, y éste me hizo su cómplice. Me vengué con mi odio; me vengué vigilando continuamente para cerrarle la puerta siempre que quisiese apartarse del camino del crimen.

»Viéndome Ataulfo más mala, más despiadada que él, me honró con toda su confianza; me contó la historia de la desaparición del niño, hijo de su hermano, el cual no fue robado por los moros, sino por cristianos de la confianza de Ataulfo, que lo había hecho pasar de mano en mano, hasta que una mujer lo adoptó por hijo, sin saber, ni poder figurarse remotamente cuyo fuese.

»Pero los remordimientos me van consumiéndome lentamente: la atmósfera del crimen está emponzoñada, y yo conozco que la vida me va faltando por momentos desde que he perdido la tranquilidad de la conciencia.

»Ahora no quisiera haber sido tan débil, ahora me pesa del apego que he tenido a unas riquezas de que ni aún he disfrutado, a un poder y elevación que no me han dado un átomo de felicidad.

»Conozco que no me basta escribir esta relación; por eso he descendido secretamente y por primera vez al subterráneo y en una tabla que puede ser fácilmente encontrada por el cautivo; le he manifestado un medio tan sencillo como seguro de huir de la prisión.

»Estoy resuelta también a llamar al hijo del infortunado conde de Moscoso y a revelar la existencia de su padre. ¡Dios mío, dadme valor para este paso, y haced que triunfen la justicia y la inocencia sin que nadie más que vos se encargue de la venganza.»

-Esa tabla, padre mío, ¿dónde está? -preguntó Rodrigo con ansiedad.

-Constanza no sabía tal vez que yo estaba amarrado con una cadena, y que apenas podía dar algunos pasos en torno de este poste.

-Aquí estará, pues -dijo Elvira-; corramos a buscarla.

-¡Trabajo perdido! -exclamó el anciano-. ¡Cuántas veces habrá venido Ataulfo por el mismo camino! Indudablemente que ha debido verla.

A pesar de las observaciones del conde, hicieron los tres por largo rato pesquisas inútiles.

Este, indiferente, al parecer, a su desgracia, rompió el silencio que el terror le había infundido, diciendo a su esposa con brusco y a la par conmovido acento:

-Pero vos, señora, ¿vos nada decís de vuestra conducta? ¿Ninguna disculpa halláis, cuando la misma Constanza las presenta?

-Yo no me disculpo -contestó Elvira-; yo lloro y me arrepiento.

-Pero tienes un hijo delante -repuso el conde, en cuyo corazón iba desapareciendo la corteza amarga de los solitarios sufrimientos.

-Si el corazón de un hijo ha de ser mi juez, no temo su fallo.

-En fin, señora -exclamó el anciano con impaciente ternura-: yo quiero que os disculpéis.

-¡Esposo mío! Te creía muerto; habían pasado catorce años; me veía sola, sin padres, sin amparo, sin hijo...; tu hermano me hablaba de ti, me representaba a ti en su voz, en sus

facciones. ¡Catorce años! ¡Ramiro! Trasládate al sepulcro; mira desde la tumba catorce años de una constancia, de una fe, de una memoria firme, pura, inalterable... Reyes me han solicitado, príncipes me han requerido, galanes me han enamorado, y, sin embargo, sólo he cedido al que era tu imagen, al que llevaba tu nombre, el que a mis ojos era más otro tú, en este mundo, donde yo ignoraba que existiese un hijo. Ahora mismo viene un rey a disolver mi supuesto matrimonio, y me ofrecen una corona; con mi silencio la hubiera adquirido; pero sin vacilar un instante vengo a encerrarme contigo en este calabozo: he renunciado por verte a ver la luz del sol, el cielo, la naturaleza entera, sólo por encerrarme aquí contigo para siempre.

-¡Ah! ¡Por qué has sido fuerte con los demás y débil sólo con ese hermano aborrecido!

Éste era el último grito que lanzaba el inveterado rencor del conde; porque en seguida añadió, haciendo un ademán de ira sobre la frente abatida de su esposa:

-Pues bien, Elvira, te perdono.

-¡Ah! -exclamó ésta, queriendo besar su mano.

Ramiro la apartó.

-Te perdono -dijo-, pero no me toques.

Elvira tornó a bajar los ojos, agobiada al peso de tan extraño rigor, cuando se levantó súbitamente lanzando una exclamación de espanto.

Casi al mismo tiempo, los demás dieron el mismo grito de sorpresa.

Ninguno preguntó la causa. Casi al mismo tiempo habían visto cubierto de agua el pavimento.

-Pronto -dijo el anciano-: la salida del campo se ha cegado; vamos a darle paso, antes que esto se inunde.

Acudieron los tres al término del cauce, al sitio por donde el agua se sumergía.

Estaba franco, limpio al parecer: la obstrucción debía ser por la parte de afuera.

Rodrigo se tendía en el suelo, hundía el brazo en aquel conducto; pero no tropezó con obstáculo ninguno: tomó la espada y la sumergió también, con el mismo resultado.

No cabía, pues, en lo posible dar salida a las aguas que iban subiendo lentamente, línea por línea, con espanto de aquella desventurada familia.

Quiso gritar la madre; pero demasiado sabía el anciano que los gritos eran sofocados dentro de aquellos gruesos paredones.

Más hubieran logrado acudiendo a cerrar el conducto por donde el arroyo penetraba; pero cuando trataron de hacerlo, ya la compuerta del foso estaba levantada, y les fue imposible contener el impetuoso raudal que de pronto se les vino encima.

Entonces acabaron de convencerse de que la venganza de Ataulfo había desatado aquel torrente y que la suerte de los tres estaba decidida.

Morir juntos, y morir ahogados.

-¡Padre mío! -exclamó el mancebo-. ¡Yo, cubierto de hierro; yo, empuñando una espada, y tener que morir tan miserablemente, y tener que presenciar vuestra agonía!...

-Tú, hijo mío, tú, en la flor de la juventud, siendo la esperanza y alegría de tu madre - gritó la condesa abrazándole estrechamente casi loca de desesperación.

-¡Valdría más no haberos visto nunca que no veros expirar! -añadió el anciano.

En tanto, iba subiendo el nivel del agua con una rapidez pavorosa; no ya línea por línea, sino dedo por dedo.

Ya les llegaba a las rodillas, y dentro de pocos minutos les pasaría la cabeza.

Volvieron los tres a todas partes el rostro; mirábanse unos a otros como si cada cual quisiese encontrar en los demás algún resto de esperanza, y sólo veían la confirmación de su cruel destino.

El anciano estaba más que todos abatido. Quiso tenderse en el lago y acabar de una vez sus miserables días; pero Rodrigo le detuvo diciéndole:

-¿Qué hacéis, padre mío? Resistamos hasta el último trance... ¿Quién sabe si el rey descenderá de un momento a otro? ¿Quién sabe si?... ¡Esperanza, padre mío, esperanza!

-¡Oh, dichosa juventud, a quien la esperanza no abandona al borde mismo del sepulcro!

-¿Quién sabe?, padre mío, si Dios está esperando para salvarnos a que confiemos en él, a que perdonemos a nuestro enemigo, a que abracéis a vuestra esposa.

-¡Hijo mío! ¡Perder un hijo como éste! -exclamó Elvira-. ¡Si pudiera salvaros a costa de mi vida, conocería que Dios me había perdonado!

-Señor -dijo el conde-, recibe el sacrificio de nuestra vida... Perdónanos como perdonamos a nuestro enemigo...

-Todos, todos le perdonamos.

-Y abrázanos en tu seno, Señor, como yo abrazo a mi hijo... como abrazo a mi esposa.

-Ahora -exclamó ésta, vertiendo raudales de lágrimas, y con un gozo que parecía imposible en aquella situación-, ¡ahora ya puedo morir!

El agua había ido subiendo sin cesar, y el pavoroso silencio que a la sazón reinaba era tan sólo interrumpido por el monótono estruendo del torrente y por el casquido de las olas que se estrellaban en las piedras.

La atmósfera, cada vez más espesa, más húmeda, más fría, permitía apenas el paso a los débiles rayos de luz que chisporroteando despedía una lámpara pendiente de la bóveda.

Abrazados los tres prisioneros, no hablaban ya, no proferían sino sollozos y exclamaciones, hasta que en la espalda de la condesa vino a chocar un cuerpo extraño que flotaba en el agua.

Volvió la cabeza Elvira, y vio una tabla cerca de sí; quiso apartarla, y reconoció en ella algunos caracteres.

-El aviso de Constanza -exclamó-; nos hemos salvado.

-¡Bendito sea Dios! -contestaron el padre y el hijo-.

-Esperad... La luz es tan débil que no distingo las letras...

-¡Oh! Mis ojos llevan quince años de oscuridad -contestó el anciano asiendo la tabla, y leyendo en ella lo siguiente:

«Buscad en un rincón del subterráneo una losa de dos varas: apretad fuertemente en el ángulo superior de la izquierda; la losa girará, subid, y en todas las de este tamaño haced lo mismo.»

-Y mientras buscamos esa piedra -exclamó Rodrigo- el agua nos habrá cubierto.

-¡No!, venid conmigo -repuso Elvira-; Dios no hace a medias sus milagros; yo he descendido por ese camino oculto... Venid, y os serviré de guía.

-Después de Dios, madre mía -dijo el mancebo, que no perdía ocasión de ensalzar a su madre-, después de Dios, a vos os deberemos nuestra salvación.

## CAPÍTULO VIII

### *De lo que hizo el Rey don Alfonso en el castillo de Altamira*

Grande era la curiosidad que aguijonaba al rey don Alfonso por saber, no ya el resultado de la embajada del Caballero sin nombre, sino su suerte en el castillo donde había de ver a la dama de Monforte y tal vez al padre que buscaba inútilmente hacía tres años.

Así es que, cuando los acompañantes del mensajero tornaron sin él a su presencia, ya el monarca se había aproximado con sus tropas al alcázar, y no pudo reprimir un movimiento de asombro al observar que no venía entre los recién llegados el joven, cuyas extrañas aventuras tanto le habían interesado.

-¿No venís todos? -preguntó el rey como receloso-.

-No, señor -contestó uno de los caballeros-; pero el castillo es tuyo; el conde lo rinde a tus pies y sin condición alguna.

-¿Y el caballero, el caballero a quien acompañabais?...

-El conde don Ataulfo reconoce su error y confiesa su pecado; desde ahora se separa de doña Elvira de Monforte.

-¿Pero Rodrigo?

-Rodrigo, señor, es más feliz que nosotros, pues ha penetrado en el alcázar y en él ha encontrado todo cuanto amaba.

-¡Todo! -exclamó don Alfonso.

-Todo, sí; la dama de sus pensamientos era nada menos que la pretendida esposa del conde de Moscoso.

Cuando el rey oyó estas razones, quiso volverse atrás, olvidándose del ingrato mancebo que, debiéndole toda su ventura, había faltado a su deber en no tornar a dar cuenta del éxito de su mensaje; pero demasiado altivo y generoso para tomar una venganza mezquina, y para mostrar resentimiento, siguió el camino adelante, pensando más en la dicha de su rival que en su propio desamor y desventura.

Mandó anunciar su arribo con trompetas y añafiles cuando estuvo próximo al castillo, y al poco rato bajóse el puente levadizo y descendió el conde don Ataulfo, con gran séquito de caballeros y de hombres de armas, que rindieron todos al ver al monarca que había detenido su corcel para presenciar aquella ceremonia.

Se adelantó Ataulfo, precedido de dos pajes, que en sendas bandejas de plata llevaban todas las llaves del alcázar y algunas monedas y preseas de oro en señal de feudo, y llegando el tirano conde a los pies del rey de Castilla y de León, los besó humildemente y exclamó en alta voz y con respetuoso acento:

-Aquí tienes, gran señor, las llaves todas de esa fortaleza que desde este mismo momento es tuya; yo soy tu esclavo y mis vasallos son tus vasallos: nada me queda ya, señor; la voluntad de Dios me ha quitado la dulce compañera a quien yo llamaba esposa: tu voluntad puede dejarme sin una choza donde guarecerme, o puede concederme el uso de todos los palacios y castillos que hasta hace poco llamaba míos.

-Alzad -le dijo el rey, más bien con el ademán que con el acento-: yo nada quiero sino vuestra obediencia.

Entonces se levantó el orgulloso, el desvanecido Ataulfo, sonrojado de haber permanecido tanto tiempo de hinojos delante de otro hombre y a vista de sus vasallos, mientras que el rey apenas se había dignado dirigirle una mirada.

La sumisión del conde, la entrega del castillo, no era lo que al monarca le importaba más en aquel instante: sus ojos se tendía por la muchedumbre de caballeros, de escuderos, de pajes y de soldados que habían salido del palacio.

Ni Rodrigo, ni Elvira parecían entre ellos.



-¡Dios mío! -exclamaba Alfonso en sus adentro-, ¡qué absortos están, qué embebidos en el placer de verse y de amarse que se olvidan de salir al encuentro de la persona a quien son deudores de su dicha, por cuyo medio se ven y pueden amarse honestamente!

Le asaltó otra vez la idea de no entrar en el castillo y de huir más que de paso de aquel mancebo ingrato y desconocido.

La ingratitud es el vicio más repugnante para las almas generosas; pero la de Alfonso era altiva también y se rebelaba contra cualquiera demostración en que pudiesen suponer que influía el proceder de ingratos.

Resolvióse no sólo a entrar y tomar posesión de la fortaleza, sino también a preguntar sin afectación de ninguna especie por su mensajero y por Elvira.

-Señor -le respondió Ataulfo-, mi esposa ha encontrado muy pronto quien la consuele de haber dejado de ser mía, y tu mensajero disfruta de una felicidad que le hace extraño a todo cuanto pasa en torno suyo.

Ya calculaba Ataulfo el efecto que habían de producir sus palabras; pero el rey supo disimularlo completamente.

-Bien está -le dijo-: si tenéis capellán en el castillo, hoy mismo podrá pasar Elvira de los brazos de un esposo que no amaba a los de otro esposo a quien adora.

Se inclinó el conde en señal de aprobación.

El rey avanzó los pocos pasos que le faltaban para llegar al foso, cuyos bordes húmedos y verdosos daban a entender la reciente disminución de sus aguas.

A presencia de aquel mudo testigo de su crimen Ataulfo perdió el color y la serenidad. Si en aquel momento le hubiere dirigido el rey alguna pregunta no habría sabido qué responder, y su turbación pudiera infundir sospechas al más desprevenido.

Afortunadamente para el conde, el monarca no estaba en humor de hablar más de lo puramente necesario.

En aquel instante pensaba que la condesa habría descendido siquiera hasta el zaguán a recibirle.

Pasó el puente levadizo: entró en la primera línea de fortificaciones del alcázar; llegó al pie de la escalera principal y sólo vio los escuderos y soldados más ancianos que no habían podido salir del edificio.

El desaire, el desprecio eran ya muy marcados; para no ser notables, y por lo mismo no quiso darse el rey por entendido, y se volvió hacia el conde hablándole de la robustez de los muros, del buen orden en que tenía preparada la defensa; de todo, en fin, menos de lo que no podía apartar de su imaginación; de Elvira y de Rodrigo.

Detúvose, por último, en el mismo aposento donde había recibido el conde al mensajero, y allí, sentado en el trono, fue tomando el monarca pleito-homenaje de todos los

caballeros comarcanos que, uno por uno, fuéronse acercando a sus pies y jurándole fidelidad y obediencia.

Con aquel acto terminaba la conquista de Galicia, que desde aquel instante quedaba para siempre agregada a la corona de Castilla; pero el rey don Alfonso pensaba menos en la gloria de conquistador, y sobre todo de eminente político, que en la desaparición de los dos amantes, tan poco noble como inmotivada.

-¿Será capaz -pensaba-, será capaz ese imberbe mancebo de recelarse de mí, de mí que acabo de hacerle el sacrificio de renunciar al amor de Elvira? ¡Oh!, pudiera perdonarle la ingratitud; la desconfianza no se la perdonaré jamás.

Alfonso, dijo luego en voz alta y con imperioso acento:

-Quiero ver a doña Elvira de Monforte.

El conde, que desde el principio de la entrevista se había apercibido para esta pregunta, le respondió con bastante naturalidad:

-Perdónala, señor, si aturdida con el gozo de tornar a ver a su antiguo amante...

-Por dama y por hermosa, la condesa tiene disculpa; pero, ¿qué hace el mensajero en quien yo deposité mi confianza?

-Si por dama la una puede dejar de ser cortés y respetuosa con su rey y señor: también por enamorado el otro...

-Eso no, conde; el amor no abona el desacato. Yo quiero verlo; que venga al punto a mi presencia.

-Juntos se han retirado los dos.

-¡Juntos! -exclamó el rey entre colérico y celoso.

-Sí, juntos hace más de una hora que permanecen en una estancia inmediata.

-¡Llebadme allá!

-¿Para qué, señor? La juventud es de suyo arrebatada.

¡Llebadme allá! -repuso el rey impaciente, y luego añadió entre asombrado y curioso:-  
¿Qué ha hecho ese mancebo al llegar aquí con mi mensaje?

-Escuchar mis protestas de lealtad, de sumisión, y presentarse una bula del Padre Santo, apenas vio a mi mujer sentada al par de mí.

-¿Y no ha preguntado por nadie?

-Mi esposa, cuando le vio, quedó por breves instantes desvanecida.

-¿Pero él no os dirigió pregunta alguna?

-Ninguna.

-¿Conque estaba tan ciego, tan aturdido que ni siquiera pensó en su padre?

El conde quedó un momento silencioso y como sobrecogido por aquella pregunta; pero luego añadió con tranquilo acento:

-¿Su padre, señor? Me haces pensar que yo lo interrogué por sus padres y no supo qué responderme.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué obcecación la suya! Sabed, don Ataulfo, que ese mancebo venía a vuestro castillo sin más objeto que el de saber si en alguno de sus calabozos gime su triste padre, a quien no conoce.

-Señor -respondió el conde-, en tu poder están todas las llaves del alcázar; nada más fácil que registrar una por una sus prisiones. Precisamente los subterráneos están convertidos en depósito de agua para el caso de un largo asedio...

-Vamos, vamos: yo quiero ver a doña Elvira -repuso el rey-; es dama y como tal debe recibir obsequios, no tributarlos.

-Eres rey, señor.

-Pero antes que rey soy caballero; vamos, vamos a su estancia.

Lo que en la cámara de Elvira sucedió nuestros lectores pueden adivinarlo. No encontraron a nadie.

Para completar aquella farsa los centinelas del castillo declararon haber visto salir caballeros armados y calada la visera, y mujeres cubiertas con sus mantos, y dos bultos, sobre todo de hombre y de mujer, que juntos salieron del brazo y no volvieron a entrar; y no faltó por último quien anunciase que un romero que venía de Compostela se hallaba a la puerta del castillo y que traía noticias de los fugitivos amantes.

El conde no había llevado tan adelante la superchería; pero algo se había de dejar al ingenio y traza de los dos o tres criados de su confianza que le ayudaban en la obra meritoria de ocultar sus espantosos crímenes.

Mandó, pues, entrar al peregrino, persuadido de que su relación echaría el sello al tejido de fábulas que se estaban urdiendo con tanta facilidad como ventura.

-Cuidado si fingen bien estos bribones -exclamó para sus adentros Ataulfo al ver al romero cabizbajo, con su barba blanca, sus pies descalzos, su bordón y su esclavina; no parece sino que viene de luengas tierras para... para contar luengas mentiras.

-¿De dónde sois, buen romero? -le preguntó al anciano.

-Soy de este reino, señor -respondió el peregrino con ronco acento.

-¿De dónde venís?

-De Roma, de Jerusalén, de Compostela, de todos los santos lugares.

-Pues entonces muchos años debe hacer que faltáis de aquí.

-¡Quince años!, señor, ¡quince años!

-¿Y habéis visto a los fugitivos? -preguntó el rey.

-Sí, señor; acabo de verlos.

-¿Acabáis de verlos? ¿Serían ellos?

-Un caballero y una dama.

-¿Qué señas tienen?

-El caballero, de edad moza, gallardo, cubierto de malla y con una espada pendiente de un tahalí de cuero; la dama, rubia, hermosa, de dulces ojos.

-¡Los mismos! -aclamó satisfecho Don Ataulfo.

-¿Y dónde los habéis visto? -preguntó el rey.

-Muy cerca de aquí.

-¿Iban muy de prisa?

-Muy de prisa caminaban.

-¿Hacia dónde?

-Hacia la eternidad.

-¿Qué decís?

-Se estaban ahogando.

-¡Gran Dios! -exclamó turbado el conde.

-Sí; los vi con el agua a la cintura.

-Acudamos, acudamos a su socorro.

-¡Ya es tarde! -añadió el peregrino.

-¿Han muerto?

-No; se han salvado.

-¿Quién los salvó?

-¡Yo!

-¿Vos, un anciano tan débil, agobiado por el peso de la edad?...

-¡Sin embargo, señor conde; tengo más fuerza de la que aparento, y la prueba es que os estoy haciendo temblar.

-¿A mí, vos?

-¡A vos, sí! débil soy; caduco, postrado, abatido, pero si levanto mi frente, si os dirijo una mirada, puedo arrojaros de este castillo, puedo arrancaros la corona de conde, puedo aterraros, puedo...

-¡Gran Dios!

-¿Lo veis? ¿Lo veis como no miento? -dijo el romero, levantándose y echando atrás su sombrero.

-¡Mi hermano! ¡Mi hermano! ¡Es el infierno quien lo aborta!

-No, es la divina Providencia que me salva, y salva a los supuestos fugitivos, a los fingidos amantes; es Dios Nuestro Señor, que todavía me da fuerzas para salir de un calabozo donde me has tenido quince años sepultado, para dar algunos pasos, y abrir esa puerta y presentar a los pies del rey un vasallo leal dispuesto a derramar por él hasta la última gota de sangre, porque le ha hecho reconocer a su madre, y ha podido libertar a su moribundo padre de los horrorosos tormentos que le hacía sufrir su hermano desnaturalizado.

Calló el anciano; se abrió la puerta; entraron la madre y el hijo, y los tres cayeron a los pies de don Alfonso, que se dejó abrazar las rodillas, atónito, confuso, espantado de los horribles crímenes que aquel diálogo le dejaba entrever.

Ataulfo quedó sin voz y sin aliento, pálido, con los ojos desencajados, mirando a todas partes sin ver nada en torno suyo, parecía más bien ser el que salía de la caverna, y que en su semblante llevaba el sello de quince años de tormentos, de privaciones, de soledad profunda y desesperada.

Pocos instantes bastaron para que el rey fuese enterado de aquella serie casi inverosímil de crímenes y de perfidias.

-¡Todo por la ambición! -exclamó el monarca horrorizado-. ¡Todo por ser conde! ¡Oh! ¡Morirá como conde! ¡Perecerá en el sitio mismo que tanto codiciaba!

Llamó luego a sus escuderos, con la bocina que traía pendiente; acudieron presurosos; mandó después a don Ataulfo sentarse en el trono, y le obedeció maquinalmente como un insensato.

Por una indicación del rey le ataron los escuderos de pies y manos al asiento, y cuando le contempló seguro, mandó que todos se alejasen de aquella habitación.

-¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer? -le preguntó Rodrigo de Moscoso.

-No creo que intentéis conservar este castillo, teatro de tanta maldad, manchado con tantas iniquidades; no, no quedará ni vestigio de una morada tan horrible.

-¿Y Ataulfo? Mira, señor, que le hemos perdonado.

-En buena hora; pero la justicia obra y no retrocede: yo soy el juez de los hombres; ha llegado a mis oídos un crimen y ya no puedo dejar de castigarle. Salid, salid todos del alcázar, dejadme solo en él: soy vuestro rey y señor; a mí me pertenece.

No hubo remedio; todos los que moraban en el castillo salieron al poco tiempo, sin saber ni adivinar los designios del monarca justiciero.

Éste fue el último que abandonó la fortaleza, seguido de sus escuderos, y no bien habían dejado el foso que la circundaba, se vio salir un humo espeso y negro por las saeteras y ventanas del edificio que estaba ardiendo por sus cuatro costados.

Una exclamación de horror salió de boca de la muchedumbre que acampaba en los alrededores de Moscoso.

Cuando Ataulfo volvió de su estupor y se vio solo en aquel anchuroso aposento de arquitectura bizantina, cuando conoció que le sujetaban al trono fuertes ligaduras que no podía desatar, lanzó un grito de rabia y de espanto que redobló luego conforme el humo se iba apoderando de aquel ámbito pavoroso.

Hacía esfuerzos desesperados por romper las ataduras: las venas se le hinchaban, y parecía que iban a saltar algunos de sus músculos con el esfuerzo; pero todo era inútil. El humo crecía; las llamas rebramaban como el huracán en las selvas y el calor iba creciendo y privándole de la respiración.

El infeliz entonces maldecía su destino, blasfemaba de Dios, vomitaba injurias contra el rey y otras veces pedía perdón y lloraba como un niño...

¡Todo era inútil!

Pero de pronto, en medio de los espesos torbellinos de humo que invadían y cruzaban el aposento, se le apareció una imagen: la de un joven caballero que con ojos compasivos le miraba.

Era el Caballero sin nombre, que venía con la espada en la mano.

-¡Mátame, mátame, por piedad! -exclamaba Ataulfo-; ¡Mátame antes de sufrir anticipados los tormentos del infierno!

-¡Vengo a salvarte!

-¡A salvarme! No, es imposible; vienes a deleitarte en mi agonía.

-Ya lo ves -le dijo el caballero rompiendo sus lazos con el filo de su espada.

-¡Gracias!, ¡gracias! ¡Rodrigo! Yo seré tu esclavo, yo besaré la tierra donde pisas. ¡Pronto, pronto, que el fuego va a consumirnos!... ¡Rodrigo, Rodrigo, que falta muy poco!

-Ya estás libre.

En efecto, Ataulfo pudo ponerse de pie.

-Y ahora, ¿a dónde voy? ¿A dónde guiaré mis pasos que no sea maldito y abominado?

Aquel pensamiento de desesperación; aquella idea de todos los réprobos, desde Caín hasta el supuesto conde de Moscoso, aquel horror de sí mismo le retuvo en la estancia mucho más fuertemente que las ligaduras en el trono.

Miró a Rodrigo y sólo vio en él al autor de todas sus desventuras.

Con la rabia de la desesperación, con el ímpetu de la venganza se lanzó sobre él, le arrancó la daga y le acometió como un loco.

Rodrigo pudo soportar aquella arremetida por la robustez de su cota de malla; pero la lucha continuó: lucha que se hizo mucho más terrible y horrorosa cuando una parte del pavimento de aquella estancia se desplomó de cuajo, dejando entre la puerta y el sitio del combate un abismo de llamas.

-¡Ah! ¡Moriré! ¡Moriré! -exclamaba Ataulfo con rabiosas carcajadas-, pero moriremos juntos.

Y abrazaba frenético a su generoso libertador empujándole hacia la hoguera.

Pero Rodrigo pudo arrancar la daga de manos de su contrario y hundírsela por la garganta.

Al sentir dentro de su cuerpo la frialdad de la hoja hizo el conde un movimiento, y el mancebo pudo desasirse de sus garras y precipitarlo en las llamas.

Entonces se lanzó a la ventana, al tiempo que el monarca de León trepaba por una escala que había puesto para socorrerle.

Se precipitó por ella el mancebo, y fue acogido en los brazos del rey y luego en los de sus padres.

Las llamas se apoderaron luego del castillo de Altamira, el cual nunca desde entonces se ha reedificado.

Aún hoy está desmoronado, con las piedras ennegrecidas por el incendio, mirado con horror en la comarca, y señalado por los viajeros como un sitio de maldición y de recuerdos espantosos.

Ocho siglos hace que de padres a hijos se cuenta la historia del *Caballero sin nombre*.